

# TERESA DE JESUS



PAGINAS BRILLANTES

DECL  
A





**TERESA DE JESÚS**

+ .161773  
C. 1205533

**OBISPADO DE BARCELONA**

---

**NIHIL OBSTAT.**

*El Censor,*

Serafín Alemany, C. O.

*Presbítero*

Barcelona, 20 de Junio de 1929.

**IMPRIMASE**

† José, Obispo de Barcelona

*Por mandato de Su Excla., Ilma.*

**Dr. Francisco M.<sup>a</sup> Ortega  
de la Lorena**

**Canciller-Secretario**

PAGINAS BRILLANTES  
DE LA HISTORIA

---

# Teresa de Jesús

FAMOSA DOCTORA DE LA IGLESIA,  
REFORMADORA Y SANTA

SU VIDA, EXPLICADA A LA JUVENTUD

por JOSE BAEZA

ilustraciones de F. DE MYRBACH



PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

---

**Es propiedad**  
**:: del Editor ::**

---

---

LINOTIPIA - J. BERTRAN - Barcelona - 1929



R. 128935



# INDICE

	<u>Págs.</u>
Prologo . . . . .	7
I.—Una criatura extraordinaria . . . . .	10
II.—El escenario y los personajes . . . . .	22
III.—La aventura . . . . .	31
IV.—Novia y seglar . . . . .	47
V.—Entre Dios y la vida . . . . .	63
VI.—Otra vez en el mundo . . . . .	75
VII.—Nuevas dichas y nuevos dolores . . . . .	94
VIII.—El confesor confesado . . . . .	115
IX.—“Pues recibimos los bienes de la mano del Señor” . . . . .	124
X.—Visiones del cielo y del infierno . . . . .	131
XI.—Hacia la cumbre de la perfección . . . . .	141
XII.—El triunfo . . . . .	150
XIII.—Y murió y fué Santa . . . . .	155

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El glorioso S. José aparécese a Teresa Frontis

	<u>Págs.</u>
Está absorto en la lectura de un libro . . . . .	14
—¿Qué hacéis aquí? . . . . .	44
...huyó hacia la casa y se encerró en su apo- sento . . . . .	58
—Eso, Teresa, no lo consentiré mientras viva.	87
Era una vieja de arrugado, seco y amarillo rostro . . . . .	102
...Dadme la figurilla de cobre . . . . .	120
...lanzándose con él en persecución de la fu- gitiva . . . . .	124
...cuando se le apareció San José y le dijo . . . . .	151



## PROLOGUILLO

*La vida de Santa Teresa es, además de un hermoso ejemplo, una serie de episodios llenos de vivísimo interés humano. La fama de la santa sublime y mujer excepcional ha pasado todas las fronteras. De todas partes llegan todavía ecos de los rumores de entusiasmo que levantó su paso por el mundo.*

*La vocación religiosa nació con ella. Era aún una criatura cuando le deleitaba leer vidas de santos en compañía de un hermano suyo que acabó siguiendo también el camino del claustro. En las páginas que siguen a este prólogo se recoge un incidente importantísimo de su niñez. En su mente infantil, las lecturas religiosas habían hecho florecer un bello convencimiento: para ganar el cielo era preciso sufrir. Y, con sorprendente decisión, salió una mañana de casa en busca del martirio.*

*Naturalmente, no lo halló entonces, pues*

*la aventura terminó con unos cuantos azoles maternales; pero Dios tuvo en cuenta su precoz anhelo y lo sació con creces cuando Teresa de Ahumada estuvo en edad de soportar el sufrimiento. Una cruel y dolorosa enfermedad la tuvo postrada en el lecho largas temporadas, y sin poder andar sino a gatas o arrastrándose durante las interminables convalecencias. El aceite hirviendo y los hierros al rojo formaban parte del plan terapéutico a que le sometió una curandera que su padre le hizo visitar.*

*Toda la vida estuvo arrastrando aquellos males como una cruz, y no sólo los soportó con santa paciencia sino que halló ánimos para imponerse nuevos sacrificios.*

*Con la pluma dió muestras de un maravilloso talento natural. Ninguna vanidad la guiaba al escribir. Su primera obra fué una autobiografía que escribió a instancias de su confesor. Esta obra es no sólo el más fiel documento de la vida de la Santa, sino un libro lleno de encantos literarios. Su estilo es el característico de Santa Teresa: enérgico, sincero, diáfano.*

*Otras obras escribió, todas igualmente admirables. La mejor, según la crítica, es "Las Moradas". En ésta como en todas, la finali-*

*dad de la autora no era otra que la de guiar por el camino más recto a todo el que quisiera alcanzar el privilegio sublime de la gloria.*

*De sus luchas y de sus empresas damos cuenta en esta obrita, donde hemos pretendido hacer, sin apartarnos de la verdad, un relato de su vida, que, como ya hemos dicho, es de por sí sumamente interesante.*

*J. B.*

## UNA CRIATURA EXTRAORDINARIA



¡AÍÁ el sol sobre las flores y sobre los árboles. Las copas de los manzanos, verdes y húmedas, nutridas y lozanas; las abiertas flores, cubiertas aún por el rocío; la tierra recién regada, eran como un tamiz para los rayos solares.

Con ser primavera y estar aun lejos el mediodía, aquella mañana había salido el sol con bríos estivales. A buen seguro que en las yermas campiñas castellanas donde todo es tierra y cielo, donde ni la más ténue depresión ni la prominencia más leve interrumpen la llanura; a buen seguro que allí, donde todo es sol y horizonte, el beso del astro se convertía en azote y, como en los meses caniculares, la piel humana trasudaba y se ennegrecía, y se sentía

sed ardiente y dolor en las deslumbradas pupilas. Pero allí, en aquella huerta, donde el agua de la tierra sustituía al agua del cielo, donde la mano del agricultor y del floricultor remediaban la inactividad de las nubes, donde todo era verde y florido, el blanco fuego del sol llegaba a la tierra dulcemente atenuado, al filtrarse por las frondas verdes y húmedas. Y lo que en otra parte era insoportable ardor, aquí era dulce calor de vida, grato calor de primavera.

Olía a flores, y olía a azahar, y olía a tierra húmeda, y olía a verdura rociada.

Y esta mezcla de aromas embargaba adormecedoramente el alma y los sentidos del hombre, al mismo tiempo que daba a las aves vitalidad y ligereza.

A centenares veíanse los pájaros entre la verdura, saltando de una rama a otra o de uno a otro árbol, picoteando por los senderos y piando o cantando incesantemente.

Las hormigas, laboriosas e infatigables, trepaban por los troncos de los árboles y de las plantas, trazando una negra línea desde el nido hasta el cuadro en que se dispersaban, tomando cada una su ruta predilecta.

Unas preferían las copas de los árboles, otras se contentaban con la brizna hallada en-

tre la húmeda tierra. No faltaba la pulcra y quisquillosa que andaba con grandes precauciones y daba grandes rodeos, si era preciso, con tal de no mancharse las patas de barro; ni la despreocupada que avanzaba en línea recta sin reparar en el barro ni en las inmundicias. Aquí se veía un destacamento de las más intrépidas arrastrando el cadáver de una lombriz, y allí una desdichada que mantenía desesperada lucha con un pequeño escarabajo, el cual parecía empeñado en devorarla

Se veía pasar raudamente alguna lagartija por entre las cañas de las paredes o a través del laberinto de las platabandas, y las libélulas y las mariposas se perseguían locamente, poniendo en juego toda la rapidez de sus frágiles alas.

Zumbaban las abejas en torno de las flores y de las fuentes, y corrían las arañas por sus hilos.

Era, en fin, un rumoreante concierto de vida; era la demostración de fuerza, de plenitud, de alegría y de florecimiento que la primavera nos hace todos los años.

Sin embargo, había un ser capaz de permanecer indiferente a estas demostraciones.

Vedla. Se llama Teresa y es una niña aún. Es linda como un sol. La mejor flor de aquel



huerto; la más bella flor del mundo perdería todo su mérito al ser comparada con la niña.

A pesar de sus pocos años y de la angelical sencillez de su vestido, las líneas de aquel su ser son una firme promesa de esbeltez y de gallardía. Teresa será una mujer alta, gentil, pletórica y arrogante. Otra cosa se echa de ver al punto. Teresa no salta ni corretea como es propio de las niñas de su edad. Teresa no tiene en los movimientos esa despreocupación, esa dislocación que caracteriza a los seres de siete años pertenezcan a uno u otro sexo. Por el contrario, Teresa da muestras de una cordura, de una sobriedad, de un recato que sorprenden y admiran. Es impecable el óvalo de su rostro, correctísimo el dibujo de su boca, fina y perfecta su nariz. Los cabellos negros comienzan en lo alto de una frente despejada, donde parecen leerse estas dos hermosas características: talento y pureza.

En cuanto a los ojos... son unos ojos realmente extraordinarios. No son muy grandes ni muy rasgados, pero es tal la vivacidad que les asiste, tal resplandor de inteligencia les anima, que es imposible contemplarlos sin sentirse presa de turbadora fascinación. Dijérase que para aquellos ojos infantiles no tiene el

mundo secretos, que todo lo ven y todo lo saben como si aquel reflejo de inteligencia fuera, más que tal, luz divina.

No está la niña sola. La acompaña un niño de su edad, poco más o menos, a quien Teresa llama Rodrigo unas veces y hermanito otras.

Tampoco el muchacho se deja seducir por los encantos de la floreciente naturaleza. Ni oye el canto de las aves, ni percibe el perfume de las flores, ni contempla la maravillosa policromía del huerto. Está absorto en la lectura de un libro. Es un libro que relata vidas de santos y de mártires, a juzgar por las palabras sueltas que se perciben entre el susurro de su lectura.

Está sentado en un escabel y Teresa ocupa otro a su lado. La sombra de un árbol les cobija. La niña escucha con la mirada perdida entre las frondas. Tiene las blancas y virginales manos enlazadas sobre el regazo, graciosa y naturalmente erguido el torso y alta la cabeza. Mira hacia las frondas, pero no las ve. Es como si ante sus ojos hubieran puesto un velo las sugerencias de la lectura. Está sólo atenta al mundo maravilloso evocado por el libro, y por su mirada luminosa van desfilando, en forma de emociones, las abnegaciones de los santos que en el mundo fueron y las



Está absorto en la lectura de un libro.



torturas de los mártires a su paso por la vida.

Se mece su pecho infantil en un jadeo constante y en su bella garganta repercuten las vibraciones de su entrecortada respiración.

También Rodrigo demuestra, en la fijeza de sus ojos muy abiertos, en el ligerísimo pero perceptible temblor de sus manos, que ni el huerto ni el mundo en que se halla le importan, y que, cuando menos en este instante, vive tan sólo para la existencia de torturas y abnegaciones que el libro sugiere.

¿Qué le importa la vida, estando tan cerca de Dios?

Rodrigo, de súbito, interrumpe su lectura y exclama:

—¡Cómo me gustaría estar ya en el cielo!

—¡Y a mí! ¡Se debe vivir tan bien al lado de Dios!

—¡Y entre los ángeles y los santos!

—Verdad, verdad... — dice Teresa con la misma emoción que si se hallara ya en el reino divino.

—Pero nosotros no podemos ir al Cielo.

—¿Por qué? — exclama la niña, aterrada.

—Porque vivimos aún y para ir al cielo hay que morirse.

—Pero si nos muriésemos...

—Me temo que tampoco, Teresa.

—¡Tampoco! — exclama la niña, profundamente desolada.

—Tampoco — repite Rodrigo con pesadumbre—. Ya ves lo que los santos y los mártires han tenido que hacer para merecer el favor de Dios. ¿Qué hemos hecho nosotros de todo eso?

—Nuestra madre nos hace pasar el rosario. Rezamos todas las noches. Tenemos siempre presente a Dios.

—Pero nos sentamos a una mesa servida con abundancia y variedad y tenemos blandos lechos en los que dormir, además de un descanso, representa un placer. Excelente comida y buena cama. Ropa abundante y comodidades sin cuento. Así, bien se puede tener presente a Dios.

—Es que yo le tendría presente aunque comiera mal, durmiera peor y fuera vestida con pingajos.

Rodrigo sonrió incrédulo.

—¡Qué sabes tú lo que harías entonces!

—Sí lo sé. Amaría a Dios sobre todas las cosas.

—Es posible que no pensaras igual, Teresa. Yo mismo he observado muchas veces que una buena comida transforma el color de las

ideas. Lo que me ha parecido negro antes de comer, después lo he visto de color de rosa.

—Pues yo estoy segura de que igualmente hermoso y venerable me parecería Jesucristo comiendo que sin comer. Y, para probártelo, ayunaré un día entero. Diré que me siento mal, y así nuestros padres no se extrañarán de que no coma. Y entonces veremos si el Cristo que tengo en mi cuarto me parece mejor por la noche que por la mañana.

—¡Bah! Te parecerá lo mismo. Ayunar un día no es igual que estar un mes a pan y agua. ¿Puedes tú ni siquiera deducir el estado mental de una de esas personas que llevan meses y meses pasando hambre y toda clase de privaciones? Aunque Dios sea lo mejor, como lo es, ¿estás segura de que un ser azotado y maltrecho por el hambre y por el frío, puede darse cuenta de ello? Hace falta una fe muy grande, Teresa para no olvidar a Dios en ciertos momentos terribles de la vida que nosotros ignoramos. Para que nuestra fe fuera tomada en consideración sería preciso que pasáramos por esos trances difíciles de la vida y siguiéramos creyendo.

—Tengo la seguridad de que no perdería la fe por nada del mundo, Rodrigo. ¡Qué cla-

ro lo veo! Lo veo tan claro como si Dios mismo me inspirase esta idea.

—Más vale así, Teresa.

—De todas formas, estás equivocado, Rodrigo. Para ser santo, hace falta, ciertamente, pasar por todo eso que tú dices; pero para merecer la gloria, con menos basta. Confío en que Dios no me regateará este premio porque haya dormido y comido mejor o peor durante mi vida en la tierra.

—Ciertamente, hermanita. Nuestra devoción es suficiente para merecer en el Cielo un modesto rincón. Pero ignoraba que te conformases con eso. Creía que aspirabas a mucho más.

—Y a mucho más aspiro. Con toda mi alma, pediré a Dios que me depare la ocasión de merecerlo. Quisiera ser pobre y sufrir mucho para demostrar que mi resignación y mi fe son inquebrantables. Quisiera... ¡poder dar mi vida por Dios!

—¡Cuántas veces he tenido yo ese mismo pensamiento!... ¡Entregar por Dios mi vida!

Y Rodrigo alzaba la vista al cielo al pronunciar estas palabras y en su voz había un matiz de ensueño.

—Mira — dijo con súbita animación, asien-



do un brazo de Teresa—. Para que veas que es verdad lo que digo, voy a explicarte lo que había pensado. Sin decir nada a nadie, una mañana, muy de mañanita, cuando todos durmiérais aun, me levantaría y me iría carretera adelante, hasta que me tropezara a los moros. Entonces les diría: “¡Soy cristiano y os detesto! Mi familia es una de las más nobles de Avila y luchará contra vosotros hasta morir”. Y ellos como son tan malos, me harían prisioneros y me someterían a toda clase de suplicios. Así, moriría como un mártir y Dios me guardaría uno de los mejores tronos del Cielo.

Teresa, que le había escuchado con creciente interés, exclamó apenas Rodrigo hubo terminado:

—¡Yo me voy contigo!

Rodrigo se sobresaltó. No esperaba que Teresa se mostrara tan heroica. Una cosa era hacer proyectos para ponerlos en práctica en momento oportuno, y otra que le forzaran a realizarlos sin pararse a examinar las circunstancias.

—¡Vayámonos, Rodrigo! Yo te acompaño.

La impaciencia de Teresa acabó de anular el entusiasmo de Rodrigo y aumentó su prudencia.

—¡Calma, calma! Primero examinemos los

inconvenientes, lo que podría sobrevenir. ¡Qué susto se llevaría nuestra madre!

—“Amarás a Dios sobre todas las cosas”. ¿Has olvidado estas palabras, Rodrigo?

—No las he olvidado, hermana; pero también tengo presente aquellas otras de “Honrarás padre y madre”.

—¿Acaso se falta a este precepto buscando el camino de la gloria? ¿Qué madre no se sentirá honrada y orgullosa de que sus hijos se sacrifiquen por Dios?

—Somos muy niños aun para hablar de esas cosas.

—Pues hace un momento hablabas como un hombre, cuando querías demostrarme que las personas que comen y duermen bien no pueden ser santos. Somos niños, pero Dios nos ilumina, y la inspiración del Altísimo, vale más que la experiencia de los años. Tú mismo, has hablado hace un instante inspirado por Dios. Sí, hace falta sufrir para merecer los grandes premios divinos. Por eso quiero sufrir yo; por eso quiero ir en busca de los moros y decirles: “Soy vuestra enemiga; os detesto”. Así, moriremos como mártires. Debemos partir, Rodrigo. Mañana, al rayar el alba...

—¡No, Teresa; mañana no! — exclamó Rodrigo, aterrado.

—¿Cuándo, entonces?

—Ya veremos... Más adelante...

—¡Oh, Rodrigo! — exclamó la niña desdenosamente—. ¡Eres un cobarde!

El muchacho se irguió.

—¿Yo un cobarde? — exclamó con los ojos llameantes de indignación y de heroísmo—. ¿Un cobarde yo? Ahora mismo voy a demostrarte que confundes la cobardía con la prudencia. ¿Quieres que vayamos en busca de los moros? Pues bien, iremos. ¿Cuándo debemos partir?

—Mañana, al rayar el alba...

—Está bien. Mañana, al rayar el alba, partiremos.

## II

### EL ESCENARIO Y LOS PERSONAJES



TERESA Cepeda y Ahumada pertenecía a una de las familias más nobles de la heroica ciudad de Avila. Su padre, Alonso Sánchez de Cepeda, descendía de don Sancho, el antiguo rey de Castilla y de León. Dos veces habíase casado don Alonso. En su primer matrimonio tuvo dos hijos y una hija, y su segunda esposa le dió siete varones y dos mujeres más. Así, pues, once eran los hermanos que tenía Teresa, esto es, dos hermanas y nueve hermanos. A todos profesaba tierno y profundo cariño, pero no podía remediar el sentir cierta predilección por Rodrigo, no sólo porque tenía casi su misma edad, sino porque sus gustos y aficiones eran semejantes.

Del mismo modo que Teresa tenía sus predilecciones familiares, teníanla los padres de la niña. Y era ella precisamente la hija predilecta.

Realmente, ¿qué padres podrían no sentirse orgullosos de una hija así? Teresa era en todo una niña, pero poseía una inteligencia, un talento intuitivo impropio de sus años. Hablando, sobre todo, asombraba a las personas mayores, muchas de las cuales hubieran querido para sí la correcta y elegante dicción de la niña. Y era, lo sorprendente, que este prematuro desarrollo intelectual no obedecía a una de esas precocidades catalogadas dentro de las cosas clínicas y que desaparecen conforme el niño va haciéndose hombre. Entre los artistas, especialmente, este caso es frecuentísimo. Son genios a los cuatro años, medianías a las veinte y seres oscuros y fracasados a los cuarenta.

Teresa no era uno de estos casos. Su prematuro talento debía considerarse como un pequeño anticipo de lo mucho que había de recibir después. Del mismo modo que, trescientos años más tarde, el niño prodigio que había en Mozart se convirtió en uno de los primeros compositores de su época — el primero acaso—, aquella niña cuyo talento era

envidiado por muchas personas mayores, había de convertirse en un genio de la literatura y de la meditación.

Con otra virtud habíala premiado el Cielo prematuramente. A los siete años, era dueña de una fe, de un amor a Dios y de una abnegada predisposición al sacrificio, que también hubieran querido para sí muchas devotas de edad madura.

Esto, sin embargo, no le privaba de ser una niña en todo lo demás, es decir, en todo lo bueno y seductor que posee la infancia. Sí, Teresa era una criatura deliciosamente ingenua. Su vocación religiosa se manifestaba de un modo adecuado a su infantilidad. Cuando las amiguitas iban a jugar con ella, hacía el simulacro de un monasterio y se fingía monja, como hubiera podido organizar un juego de prendas o de carreras y travesuras.

Su mismo anhelo de marchar a tierras de moros en busca del salvador martirio, era tan pueril como admirable.

¿Dónde estaban los moros? ¿qué dirección habría de tomar para llegar a las tierras donde residían? ¿Qué objetivo atraía a aquella raza a la España de entonces? Nada de esto sabía Teresa, que poseía la incultura propia de los niños de siete años. Ella detestaba a los

moros simplemente porque no acataban la religión de Cristo y tenía una vaga e infundada idea de que los hallaría, marchando carretera adelante.

Acaso la cualidad más admirable de la niña fuera la entereza de alma y el poder dominador de su carácter. En esto sí que parecía una mujer. Con ser Rodrigo el que más cerca de ella estaba por lo que a las dotes intelectuales se refería, y poseyendo además la ventaja de ser hombre y tener un año más que ella, no podía evitar que la extraordinaria voluntad de la niña anulara a la suya y se impusiera a él con una especie de irresistible fascinación. Era imposible esquivar el imperio de aquella mirada tan profunda, tan inquieta y turbadora...

La madre de Teresa, Beatriz Dávila y Ahumada, era una dama todo dulzura, afabilidad y recogimiento. También pertenecía a una familia de ilustre linaje, pero, más que su distinción, con ser un día muy legítima, se admiraba en ella la humildad, la modestia, la sobriedad, cualidades estas que constantemente la envolvían como una aureola.

De ella sin duda había heredado Teresa todo lo abnegado, ferviente y generoso que había en su corazón, y acaso también, la fe o la se-

milla de aquella fe tan auténtica y pura, que la impelía a anhelar el sufrimiento a una edad en que sólo acostumbramos a desear que los demás sufran por nosotros. Pues doña Beatriz sumaba a sus inapreciables cualidades, la de la devoción más pura. Hacía rezar con frecuencia a sus hijos y les había enseñado a estar en todo momento cerca de Dios. Enfermiza, postrada con frecuencia en el lecho o en uno de aquellos soberanos sillones que abundaban en la mansión de los Cepeda, cuántas veces doña Beatriz se había hecho rodear de sus hijos, cuando las dolencias la ataban a la cama o al asiento, para que la acompañaran en sus oraciones.

Era de ver aquella abnegación, aquella admirable conformidad de la dama cuando más abrumada estaba por los padecimientos. Ni una queja, ni un gesto de enojo o de simple impaciencia. A pesar de que no contaba aun los treinta años y de que Dios la había dotado de una singular hermosura, jamás dió muestras de haber deseado otra cosa que estar siempre cerca de Dios y rodeada de su esposo y de sus hijos.

Cuando sus manos febriles y trémulas sostenían amorosamente el libro de oraciones, cuando sus bellos ojos se elevaban al cielo y



sus finos labios sin color susurraban fervorosamente los rezos, la extraordinaria belleza de aquel rostro se intensificaba y divinizaba tomando la apariencia de los rostros de las vírgenes.

Cuando estos actos se realizaban durante el crepúsculo y la luz tibia y vaga del atardecer iluminaba la escena, Teresa no sabía sobreponerse a la ilusión de que pertenecía a la Virgen y no a su madre aquel blanquísimo rostro que la guiaba en sus oraciones.

Sí, era indudable que gran parte de lo bueno que se anidaba en el alma de la niña se lo había dado el ejemplo y los cuidados de aquella santa mujer.

Aparte su amor a las cosas del cielo y la adoración que profesaba a su esposo y a sus hijos, todas las aficiones de doña Beatriz se reducían a leer libros de caballería y a relatar a sus hijos aquellas fábulas maravillosas, por creer que así les distraía, saciando su afán de esparcimiento y evitando se dedicaran a otros entretenimientos menos apacibles.

Don Alonso Sánchez de Cepeda era un caballero a carta cabal. Tenía el empaque característico de los hidalgos de aquella época y poseía un firmísimo y agudo sentido del honor. Como hidalgo y como caballero, jamás

rehuyó el pecho en la liza o en el campo de batalla; pero como hombre, se humillaba ante Dios y convertía en esclavitud su hidalguía.

Otra cosa lograba anular la altivez de don Alonso, y era la presencia de los desdichados. Ante el humilde, ante el desheredado de la fortuna, la piedad se imponía a todo sentimiento en el corazón del hidalgo, el cual sólo pensaba ya en remediar aquellas desdichas. Su mano era tan diestra en la dádiva como en el manejo del acero, y compadecía al esclavo, a quien nunca trataba como a tal. ✓

La casa de los Cepeda estaba enclavada cerca del barrio moro de la nobilísima ciudad de Avila. Era una de aquellas casas fortalezas que se estilaban en la época medieval. Su frontispicio daba a una plazuela y su parte posterior al jardín donde Teresa y Rodrigo leían las vidas de los santos y se entregaban a sus trascendentales debates teológicos. Tras este jardín, se alzaba la Iglesia de Santo Domingo con su esbelto campanario, lo que contribuía a intensificar el ambiente de santidad de que Teresa se sentía rodeada.

Siguiendo la costumbre de la época, la familia de Teresa ocupaba el piso superior de la casa, dejando los bajos para los criados. Las habitaciones eran espaciosas y de alta techum-

bre y todo en ellas daba una impresión de solidez y de soberanía. Las húmedas y frías paredes, recias como las murallas que rodeaban la ciudad, estaban cubiertas por densos tapices y artísticos cueros de Córdoba. Incrustaciones de marfil, obra de los carpinteros moros de Avila, adornaban las pesadas vigas de pino.

Los muebles, escasos en proporción con la amplitud de aquellos recintos, mostraban la misma solidez y austeridad. Veíanse oscuros arcones guarnecidos de hierro forjado, los cuales, colocados junto a la pared, servían de asiento al mismo tiempo que cumplían su misión de arcas. Pero lo que más en consonancia estaba con el espíritu de aquel palacio-fortaleza, lo que daba una mayor impresión de soberanía, eran los sillones de cuero que no faltaban en ninguna habitación. Eran esos sillones que hoy se conservan en los museos y que, al ser contemplados, nos envían como un soplo de aquellos remotos tiempos, fingiéndose ocupados por los intrépidos caudillos y los imponentes cardenales que fueron sus dueños.

Era aquella época en que godos y musulmanes se disputaban el poder, en que las guerras y los torneos llenaban casi por completo la actividad de los hombres. Sólo dos carreras había a la sazón: la del claustro y la de la

guerra, y ambas tenían misteriosos puntos de contacto, ya que no había guerrero sin devoción, ni monje sin valor de soldado.

El tintineo de las armas, el refulgir de las armaduras y el fragor de los cascos de los corceles, eran para Teresa cosas tan familiares como los cotidianos rezos. Avila era entonces como una gran fortaleza siempre alerta y apercebida para los posibles ataques. Encerrada en un cordón de murallas, sólo daba paso a la ciudad el portón del puente, el cual permanecía abierto durante el día y se cerraba de noche, dejando fuera a los avileses que no eran puntuales en su regreso.

He aquí la casa y el lugar donde Teresa pasó su infancia y parte de su juventud.

A la sazón, cuando la niña contaba siete años, corría el de mil quinientos veintidos, ya que nuestra heroína, Teresa de Cepeda y Ahumada, había nacido el día veintiocho de marzo del año de gracia de mil quinientos quince.

### III

## LA AVENTURA



I Teresa ni Rodrigo pudieron dormir aquella noche.

Ambos eran presa de los mismos pensamientos, aunque de distintas inquietudes.

Apenas la cabecita de Teresa, después de los rezos habituales, se posó sobre la almohada, apenas su madre apagó la luz y la dejó sola, se dedicó a hacer cábalas y conjeturas sobre la aventura que, en compañía de Rodrigo, había de emprender a la mañana siguiente.

“Mañana, a la hora del alba...”

No ignoraba Teresa que su santa madre había de experimentar gran disgusto y zozobra al comprobar su desaparición y la de Rodrigo, y esta convicción la apenaba profunda-

mente, pero pronto aquella misteriosa vocación, aquella firmísima fe, y acaso también su inexperiencia de niña, le inspiraban una justificación para su acto, atenuando su anticipado remordimiento.

Saldrían de la casa, cuidando mucho de no hacer ruido, y se dirigirían hacia el puente, donde estaba la puerta de la ciudad y el comienzo de la carretera. ¿Qué vestidos llevaría? Los más viejos y pobres. ¿Comida? Ninguna. Hubiera sido torpe grosería pensar en comer cuando se iba en busca del salvador calvario. Si tenían sed, alguna fuente hallarían en el camino.

¿Tendrían suficiente con una sola jornada? ¿Llegarían a los dominios de los moros en las primeras horas de la noche? Acaso hubieran de seguir caminando entre las tinieblas para llegar con el alba de otro nuevo día. De ser así, tal vez el sueño rindiera a Rodrigo y hubiera éste de echarse al pie de un árbol para dormir mientras ella velaba su sueño. Porque de ella misma, estaba sobre este punto bien segura. No la rendiría el sueño. Su entusiasmo y su anhelo de llegar a Dios por el camino del calvario, multiplicaría sus energías y su entereza.

Llegarían por fin. Un moro de mirada terrible y de luenga barba, les saldría al paso.

—¿Adónde vais? — les preguntaría.

Y entonces le respondería Teresa:

—Venimos contra vosotros, infames enemigos de Cristo. Os detestamos, y nosotros y todos los nuestros lucharán contra vosotros hasta morir.

El moro se estremecería terriblemente.

—¿Conque venís a matarnos? — exclamaría—. Pues bien; vais a morir vosotros.

Y a sus voces de alarma acudirían veinte, cuarenta moros, que les atarían fuertemente y les conducirían a presencia del Sultán.

—¿Quiénes sois vosotros y a qué venís? — les preguntaría.

—Somos de Avila — respondería Teresa—. Pertenece a la familia de los Cepeda y venimos a deciros que os odiamos.

—¡Pertenece a los Cepeda! — exclamarían todos, presas del mayor asombro—. Son hijos de don Alonso Sánchez de Cepeda, el terrible paladín.

—¡Qué mueran los malditos! — diría una voz.

Y entonces, el Sultán replicaría sonriendo sarcásticamente:

—¿Matarlos? ¡Bah! Eso es muy poco. Que

sean sometidos a tortura. Matadles poco a poco... ¡Oh, qué placer! ¡Disponer a mi antojo de la vida de dos Cepeda!

Y entre feroces carcajadas y golpes despiadados, serían conducidos a siniestra y oscura mazmorra, donde se les ataría de manos y pies.

Un moro gigante, feroz como ninguno y robusto como un atleta, empuñaría el látigo y les daría, por primera providencia, cien azotes a cada uno.

Grande sería el dolor, difícil de soportar para sus frágiles cuerpos infantiles; pero cuando fueran a desfallecer, cuando fueran a rendirse pidiendo entre sollozos les dejaran, un rostro inolvidable se esbozaría en las tinieblas de la mazmorra y les daría fuerzas con una sonrisa para seguir soportando el martirio.

Sería la de Cristo aquella faz hermosa y dulcísima, y les diría con voz sólo perceptible para ellos.

—¡Animo, Teresa! ¡Valor, hija mía! También yo fuí azotado por los siervos de Poncio Pilatos.

Y a cada nueva tortura, aquella divina faz volvería a aparecer, y las alentadoras palabras se dejarían oír de nuevo.



Así pensaba Teresa, en tanto se revolvió en el lecho, y le parecía estar viendo ya el rostro de Jesús, enviándole el premio inapreciable de su sonrisa.

Así pensaba Teresa, y así estuvo pensando hasta que el sueño, poco a poco y dulcemente, fué cerrando sus párpados.



Al mismo tiempo, Rodrigo luchaba en vano por conciliar el sueño en el cuarto vecino. Sus pensamientos partían del mismo punto, pero tomaban derroteros muy distintos a los utilizados por Teresa.

“La idea es hermosa — se decía—. Bien sabe Dios que por El daría muy gustoso hasta el último átomo de mi vida. Pero no cabe duda de que el momento es por demás inoportuno para lanzarse a la aventura. Primer inconveniente: ¿Cómo abriremos la puerta si está aun cerrada? Ni aunque fuéramos cinco Rodrigos y diez Teresas podríamos con el enorme portón. Como no se haya levantado ya algún criado y la haya abierto, nos habremos de quedar. Y si está abierta porque se ha levantado ya algún criado, nos exponemos a que éste nos vea salir y se apresure a avisar

a nuestros padres... ¡Nuestros padres!...  
 ¿Qué será de ellos cuando se levanten, nos busquen y no nos encuentren? Madre pensará que nos hemos caído a un pozo, que es el primer temor que la ha asaltado siempre al creernos perdidos. Esta vez, no podrá abrazarnos y llorar de alegría al encontrarnos. Llorará de pena, porque no volveremos nunca y nunca volverá a saber de nosotros. ¡Y tan mal de salud como está siempre! Por otra parte, ¿premiará Dios este acto en la medida que cree Teresa? ¿Verá Dios con buenos ojos que, aun llevados de tan nobles intenciones, abandonemos casa y familia? En mala hora comuniqué mis proyectos a Teresa; pues es el caso que tampoco quiero retroceder después de haberme comprometido. Que Teresa ni nadie me tome por un cobarde es cosa que no puedo soportar. ¿Cobarde yo, que sólo anhele ser hombre para empuñar la espada y morir en el campo de batalla luchando por la causa de Cristo? No, no retrocederé. Perdóname, madre mía, pero el heroísmo de Teresa es más ciego que el mío y no quiere comprender. ¡Es una chiquilla tan extraordinaria! Vergüenza me da decirlo, pero me domina. ¡Dice las cosas de un modo! ¡Y tiene un poder tan extraordinario en la mirada!...

Y Rodrigo se volvió del otro lado y cerró los ojos. Pero, momentos después, convencido de que no podría dormirse, dió otra media vuelta y reanudó el hilo de sus pensamientos.

“¡Es una criatura tan extraordinaria...!”



Aun era casi de noche, cuando Rodrigo oyó que daban unos golpecitos en la puerta de su cuarto.

Precisamente entonces comenzaba a dormirse. Contrariado, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Teresa. Sal pronto, que va a clarear — repuso la niña en voz tan baja, que Rodrigo hubo de aguzar mucho el oído para entenderla.

—¡Pero si es de noche todavía! — repuso sin cuidarse de bajar la voz y dirigiendo una mirada hacia la ventana en cuyas rendijas no se advertía aun el menor vestigio de luz.

—¡Va a clarear ahora mismo! Por el horizonte asoma ya el día. Vístete pronto. Y no hagas ruido ni grites tanto para hablar, que nos pueden oír.

Sin saber qué nueva excusa inventar, Rodrigo comenzó a vestirse lentamente. Como

hiciera retumbar el piso al saltar del lecho, Teresa le reprendió y el muchacho ya no volvió a hacer el menor ruido. Segundos después, la niña volvía a dejar oír su susurrante pero imperativa voz:

—¿Qué haces? ¿Cómo tardas tanto?

Y Rodrigo acabó de vestirse en menos que se cuenta.

Abrió la puerta. Su primera mirada fué para las manos de la niña.

—¿Lo tienes todo?

—¿Qué es lo que he de tener?

—El equipaje, las provisiones ...

—Te olvidas sin duda de que no vamos a emprender un viaje de recreo, sino que partimos en busca del martirio.

—Sin embargo...

—Me extrañan esos escrúpulos en ti, Rodrigo. ¿Darás lugar a que vuelva a dudar de tu valor?

En la sombra del corredor, Teresa vió que los ojos de Rodrigo despedían una llamarada.

—¡No! — exclamó el muchacho—. No vuelvas a repetir esas palabras. Vamos adonde quieras y como quieras.

Y él fué el primero en lanzarse corredor adelante.

A mitad de la escalera, Teresa le detuvo cogiéndole de un brazo.

—¿Has oído? — preguntó.

—Sí. Alguien anda en el patio.

—¡Qué mala suerte! — exclamó Teresa—.

A lo mejor, se ha levantado ya algún criado.

—Lo que debemos pedir a Dios es que haya abierto ya la puerta, pues, de lo contrario, no sé cómo podríamos salir.

—Cierto. Pero hemos de andar con mucha cautela para que no nos descubran.

Continuaron bajando, ahora mucho más lenta y sigilosamente. Antes de llegar al principio de la escalera, la claridad que había en la entrada les demostró que el portón estaba abierto. Rodrigo se asomó desde la puerta que daba acceso a la planta baja y después se volvió a Teresa para instarla a que le siguiese.

Pasaron a la fría e inhóspita entrada. A mano izquierda, vieron la franja de claridad que señalaba la abertura del portón y hacia él se dirigieron.

No necesitaron abrirlo más para que sus cuerpos pasaran, y en un santiamén estuvieron en la calle, mejor dicho, en la plazuela a la que daba la casona.

Se apresuraron a abandonar a aquel lugar cuya proximidad a la casa les hacía peligroso

el permanecer allí, y pronto se hallaron en la calleja que conducía a la puerta de la ciudad.

La claridad del día era ya bien perceptible. Bajo, entre las casas, podía aun la sombra rechazar los primeros embates de la luz, pero arriba, en el cielo, habíanse dispersado ya las tinieblas y sólo quedaba de ellas una especie de bruma azulada.

Vieron desde lejos que la puerta de la ciudad estaba abierta, lo que animó a Teresa a acelerar el paso, segura ya de que ningún obstáculo hallarían en su camino.

Todo estaba desierto y silencioso. Todo estaba dormido. Dijérase que aquellas sólidas casonas, aquellos paredones densos, húmedos y fríos tenían un alma y que aquel alma estaba sumida en profundo sueño.

Cogidos de la mano, sin volver la vista hacia atrás, decididos, con la cabeza alta y firme el paso, avanzaban los dos niños, ella absorta en la idea de llegar cuanto antes para ser víctima de aquel calvario que había de abrirle el camino del Cielo; él, con el solo afán de demostrar a su hermana y al mundo entero que no era un cobarde.

Ya llegaban al puente, cuando Teresa se detuvo y obligó a Rodrigo a que se detuviera.

—Entremos a rezar — dijo la niña.

Y Rodrigo se dió cuenta de que estaban ante la capilla, que pocos guerros y ningún caminante que como ellos fuera en busca del martirio, dejaban de visitar cuando salían de Avila sin saber si iban o no a volver con la decisión previa de no volver.

Detuviéronse, pues, a rezar y, además, de sus oraciones fervorosas, enviaron al Santo de la capilla un adiós que Teresa soportó fácilmente, en tanto que a Rodrigo produjo una angustia tan honda como difícil de disimular.

Sin embargo, halló el niño fuerzas bastantes para ocultar lo que su alma sentía. Temía que Teresa volviera a interpretar mal sus sentimientos, tomando por falta de valor lo que no era sino dolor de dejar todas aquellas cosas amadas.

Sin pronunciar palabra, reanudaron el camino, siempre cogidos de la mano.

Pasaron el puente y tomaron la carretera. A un lado y a otro del camino, no había sino campo y más campo, y en él triunfaba ya la luz, en tanto la alegre algarabía de los pájaros denotaba que triunfaba también la vida.

En Oriente se abría la gran rosa dorada del sol y sus reflejos comenzaban a encender las cumbres de las montañas.

Cerca, un molino hacía chirriar sus ruedas

enormes y, a fuerza de escuchar el ruidillo persistente y monótono llegó a convertirse para Rodrigo en esta palabra que despiadadamente le perseguía:

—A... diós, a... diós, a... diós.

Y como ya la ciudad, con su hogar, su familia y todas las cosas amadas iba a perderse en la lejanía, Rodrigo no se abstuvo de volverse y dirigirle estas altisonantes y sentidas palabras:

—¡Adiós, pueblo querido! ¡Adiós, casona amada! ¡Adiós, madre mía! Nos vamos para no volver. Somos egoístas y preferimos la gloria del Cielo a los mezquinos goces de la tierra. ¡Adiós, Avila querida!

Y reanudaron el camino, cogidos siempre de la mano.

—¿Dónde están los moros? — preguntó Rodrigo.

—No lo sé.

—Entonces ¿por qué avanzamos en esta y no en otra dirección?

—Porque este es el camino que emprende el ejército para ir en busca de los moros.

El tono de la niña no admitía nuevas réplicas y Rodrigo hubo de callar.

Pero no habrían dado cien pasos más, cuando dijo:



—Tengo sed.

—También tengo yo y me contengo.

—Inútil privación. No sé de nadie que gajara el cielo por no beber agua. Para llegar al fin de nuestro camino cuanto antes, conviene que demos a nuestro pobre cuerpo todo lo que pida. El agua nos dará ánimos y aumentará la ligereza y la resistencia de nuestros pies.

Y como cerca había una fuente, Teresa se limitó a ofrecérsela con un gesto lleno de arrogancia.

Rodrigo bebió con afán.

—¿No bebes tú?

—No — repuso la niña escuetamente.

Rodrigo, un poco avergonzado de su debilidad, echó a andar delante. Pero poco a poco, y sin que Teresa hiciera nada por lograrlo, se fué acortando la distancia que Rodrigo había puesto entre uno y otro.

Y es que, en tanto la fatiga comenzaba a dejarse sentir en el cuerpo del muchacho, las energías de la niña parecían ir en aumento.

Cuando llegaron al punto denominado los Cuatro Postes, Rodrigo se sentó en el borde del camino y se negó a continuar hasta que no hubiera recobrado las perdidas fuerzas.

Teresa no hizo ningún comentario. Y cuan-

do su hermano le preguntó si no se sentaba, se limitó a responder:

—No.

Rodrigo abatió la cabeza. Sin duda alguna, su hermana era una elegida de Dios. ¡Admirable y ejemplar criatura! ¿Habría en toda Avila, en toda España, en todo el mundo otra niña como ella?

Estas reflexiones estaba haciéndose el muchacho, en tanto Teresa, de pie junto a él, dirigía su distraída mirada al horizonte, cuando una voz que resonó a las espaldas de ambos les sobresaltó.

—¿Qué hacéis aquí?

Rodrigo se puso en pie de un saltó y aun fué mucho más profunda su sorpresa cuando vió que era su tío Pedro el que les había dirigido tales palabras.

—¿Sabe vuestra madre que estáis aquí?

Rodrigo, sin saber qué contestar, dirigió a Teresa una mirada que era como una petición de auxilio. Y fué ella la que tuvo que decir:

—No, tío Pedro. Nuestra madre no sabe nada.

Hablaba la niña sin la menor alteración y en este mismo tono dió a su tío cuenta detallada de su proyecto de ir a tierra de moros en busca de martirio.



— ¿Qué hacéis aquí?



Tan estupefacto quedó el caballero ante las revelaciones de su sobrina, que no acertó a formular los reproches que le pareció imprescindible hacer. Así, pues, limitóse a apearse del caballo, y diciéndose: “Ya se las compondrá con ellos mi cuñada”, cogió a Teresa de la mano y, asiendo con la otra la brida de la cabalgadura, echó a andar hacia el pueblo.

Comprendió la niña que todo estaba perdido, pero no por eso se afligió ni desesperó. “Así lo ha querido el Cielo”, se dijo. Y, cogiendo de la mano a Rodrigo, el cual, entre el cansancio y el temor, apenas acertaba a dar un paso, acató la voluntad de su tío, emprendiendo el regreso a Avila.

El singular cortejo llegó a la ciudad cuando ya estaba el sol muy por encima de la línea del horizonte, por lo que el heterogéneo grupo tuvo buen número de asombrados espectadores.

Algunos, al reconocer en el madrugador caballero a don Pedro de Cepeda, le saludaban respetuosamente. Pero el hidalgo apenas les contestaba, por no levantar la vista del suelo, donde parecía buscar un refugio para su turbación.

No habían llegado aun a la plazuela lindante con su casa, y ya les salió al encuentro un

criado que, al verles, dió muestras de emoción y contento.

—¡Válgame Dios, y qué sobresalto tiene la señora! No hay quien le quite de la cabeza que los niños se han caído a un pozo. ¿Quién podía imaginarse que a estas horas estaban con vuesa merced?

Y el criado se volvió corriendo por donde había venido, evidentemente con ánimo de dar cuanto antes la feliz noticia a sus dueños.

Cuando doña Beatriz vió de nuevo a sus hijos, después de creerlos perdidos para siempre, no pensó en pedirles explicaciones ni en hacerles reproches por su conducta, sino que cayó de rodillas y, rodeando con cada brazo uno de los queridos cuerpecitos, prorrumpió en sollozos de alegría.

Las explicaciones vinieron más tarde, y en ellas llevó la peor parte Teresa, pues Rodrigo no halló forma mejor de justificarse que decir la verdad, dejando, con muy escasa galantería, que toda la culpa recayera en su hermana.

## IV

### NOVIA Y SEGLAR



INCO años después, cuando Teresa contaba doce, murió doña Beatriz.

La ejemplar fortaleza de que dió muestras la dama en los últimos momentos de su vida, hizo más leve el dolor de los que rodeaban el lecho de muerte.

El menos fuerte — ¡oh, paradoja! — en aquella ocasión fué el valeroso don Alonso Sánchez de Cepeda. Aquel caballero que no temió jamás por su vida y que tantas veces había defendido espada en mano los colores de su escudo y de su bandera; aquel caballero que no sabía lo que era retroceder, temblar ni vacilar, cayó en una pueril desesperación al ver que su amada compañera le abandonaba.

Envejeció don Alonso varios años en aque-

llos días. Inútiles eran las palabras con que hijos y parientes trataban de animarle.

—Soy ya viejo — replicaba el desdichado invariablemente—. Ya no sabré amoldarme a vivir sin ella. Sólo una esperanza puede ahora quedarme: la de morir.

En efecto, a partir de entonces, perdió el interés por las cosas de la vida. Incluso sus deberes paternos dejaron de ser para él un estímulo. Bien es verdad que tampoco sus hijos se mostraban muy aferrados al amor filial. Los mayores habían dejado ya la casona, y luchaban en tierras de América por España, sintiéndose ya hombres y ambiciosos, y los que quedaban sólo esperaban la ocasión de seguir a sus hermanos. Únicamente Teresa continuaba constituyendo una ilusión y un consuelo para él cuitado. El amor paternal, único amor que entonces era su corazón capaz de sentir, se concentró en la niña con una predilección que era ya casi exclusivismo.

También Teresa conoció el dolor y la amargura de las grandes catástrofes morales al ver que aquella santa mujer que fuera su madre, se iba para siempre.

Sin embargo, una confusa ilusión la asistía. Era algo así como una esperanza de hallar lo que la compensara de aquella pérdida.



Poco a poco, este anhelo y esta esperanza se fué precisando y al fin llegó a concretarse completamente. Su misma madre habíala enseñado a amar y a venerar a la Virgen con todo su corazón de niña. ¿No estaría allí la compensación de su tremenda pérdida? ¿No podría la Virgen llenar aquél gran vacío que en su vida y en su alma había dejado la difunta? Así lo pidió Teresa en sus oraciones, y tanto fervor y tanta unción hubo en sus ruegos, que el Cielo le concedió lo que solicitaba.

Fué sorprendente lo que sucedió en su abatido ánimo. Al pedir a la Virgen que, muerta su madre, quisiera serlo ella, le pareció sentir que una oleada celeste la envolvía y que una caricia, un bálsamo misterioso curaba las heridas de su corazón.

Y Teresa volvió a ser la animosa niña de siempre, aquella niña que, sin dejar de serlo, pensaba y sentía con la entereza propia de la mujer.

Su hermana mayor, María, la encargada de sustituir a la difunta en el cuidado de Teresa, estaba absorbida por sus amores con Martín Guzmán y Barrientos. Era María una mujer sin imaginación, aunque tan excelente como en vida lo fuera doña Beatriz. Todas sus aspiraciones se reducían a casarse con su pro-

metido y marcharse a vivir lejos de la ciudad, en la granja que habían convenido ya establecer. Los cuidados de la granja y del hogar llenarían suficientemente las actividades y ambiciones de María, dando a su paso por el mundo esa justificación que toda vida aspira a tener.

Esta circunstancia permitió a Teresa entregarse más llenamente a aquel nuevo, ferviente y correspondido amor que tan cerca del Cielo la hacía sentirse.

En cuanto a don Alonso, sin dejar de adorar a la niña con la apasionada predilección de siempre, tampoco su condición de hombre le permitía cuidar de ella con el debido escrúpulo, con esa prolijidad, con esa maravillosa intuición sólo propia de las madres.

Y este abandono, esta prematura libertad en que se halló la niña, tuvo consecuencias que la misma Teresa había de lamentar más tarde.

Un día, sin saber cómo ni por qué, acaso recordando las historias con que su madre procuraba alejar, tanto a ella como a sus hermanas, de mayores travesuras, ocurriósele abrir un libro de caballerías, una de aquellas novelas que tantas veces había leído doña Beatriz. La maravillosa fábula, enardeció su fina sensibilidad perniciosamente, pero ella, inca-

paz de ver en aquellas emociones un perjuicio para la absoluta pureza de su alma se dejó llevar por aquello que tan poderosamente la atraía. Este fué el principio del fin.

Poco a poco, la afición fué trocándose en afán y tan profundo e irresistible llegó a ser el anhelo, que Teresa olvidó por estos libros aquellos otros que relataban las vidas de los mártires y de los santos.

De esta nueva afición se derivaron otras que habían de entorpecer la vida de la que iba para santa. Viendo que así lo hacían las damas de los maravillosos relatos novelescos para atraerse el amor de los caballeros andantes, nació en ella una exagerada inclinación por el cuidado de su persona. Se perfumaba, se adornaba y se componía con minuciosidad y deleite. Surgió en ella el amor al espejo y advirtió lo que jamás había advertido, diciéndose lo que nunca supo que se podía decir, ni, de saberlo, se hubiera dicho: "Soy hermosa".

Esta convicción, en aquel peligroso período de su vida, le produjo un íntimo deleite. El deseo de agradar se despertó inmediatamente en ella, como una consecuencia de estas nuevas inclinaciones, y como era joven y hermosa, generosa e inteligente, no sólo despertó agrado, sino amor.

Visitaba frecuentemente la casa de Teresa, entre otros parientes, un primo hermano que siempre sintió gran admiración por la niña. Era un joven apuesto que sólo esperaba la oportunidad de empuñar las armas, ya que era esta su carrera favorita.

Sin embargo, también sus aficiones habían sufrido ciertos desvíos últimamente. Poco a poco, habíase ido apagando en él la noble impaciencia de poner su brazo al servicio de la patria. E incluso llegó un día en que se confesó francamente que deseaba se retrasase todo lo posible el momento de partir.

Lo inaudito de la revelación le dejó al pronto perplejo. ¿Por qué no sentía ya impaciencia por la llegada de lo que siempre había sido el mayor anhelo de su vida? ¿Por qué incluso deseaba que este momento no llegara nunca? Empeñado en descifrar el enigma, se absorbió en profundas meditaciones y, poco a poco, entre sus pensamientos, fueron surgiendo unos ojos oscuros, vivos y llenos de luz, bajo una frente ancha, noble e inteligente. Eran la frente y los ojos de Teresa. Los reconoció al punto y, al reconocerlos, se conmovió profundamente y se hizo esta pregunta:

—¿Acaso estoy enamorado de mi prima?  
Recordaba perfectamente que siempre,

sintió por Teresa una viva simpatía, una singular predilección que superaba al afecto natural de un pariente por otro. Recordaba también que, aparte las cualidades espirituales de Teresa, habíanle admirado siempre sus atractivos físicos. Y esta admiración se intensificó cuando la niña se convirtió en mujer.

Teresa estaba entonces extraordinariamente hermosa. Todo lo que antes fueran promesas eran ahora realidades. Seguía siendo de niña su tez fresca como los pétalos de las flores recién abiertas, seguía siendo de niña el angelical candor con que hablaba de las cosas del mundo; pero su hermosura no era ya la hermosura en embrión del capullo, sino la espléndida de la rosa abierta por completo.

Su paso, sobre todo, era algo que no tenía precedente en la amurallada ciudad de Avila y acaso en España entera. Andaba con un ritmo y una majestad que hacía pensar en el vuelo de las aves y en el deslizamiento de los cisnes por las superficies inmóviles de las lagunas.

También se echaba de ver al punto la perfección y la delicadeza de sus manos, especialmente ahora que todos los cuidados para ellas le parecían pocos, y, al mismo tiempo, resal-

taba la frescura de su boca, la corrección de su despejada frente, el poder fascinador de sus ojos...

De aventajada estatura, perfecta de formas, era, en fin, esa mujer ideal que a todos nos ha hecho soñar alguna vez.

Siguió el joven reflexionando, deduciendo. Cuando esta admiración por los encantos físicos de Teresa llegó al límite, cuando la niña se convirtió en mujer, comenzó a observar que una extraña emoción le embargaba al hallarse en presencia de ella. No podía soportar la fijeza de aquellos ojos tan negros como la endrina y tan luminosos como el sol, y un extraño desfallecimiento se apoderaba de él cuando el cuerpo de Teresa estaba cerca del suyo.

Recuerdo tras recuerdo, prueba tras prueba, llegó a la siguiente conclusión:

“En efecto, estoy enamorado de mi prima”.

Pero el descubrimiento, lejos de inquietarle, le llenó de una profunda y dulcísima alegría.

Antes de que en la historia de este amor aconteciera nada nuevo, verificáronse las bodas de María con su prometido Martín, y su hermana dejó para siempre el hogar paterno.

Otra triste separación sobrevino por aquel

entonces. Pizarro, descubierto el Perú, hallábase en España para solicitar ayuda del Rey, y cuando, obtenida ésta, emprendió el regreso a las lejanas Indias, buen número de soldados y oficiales le acompañaban. Uno de estos últimos era Rodrigo, el hermano predilecto de Teresa.

Por lo tanto, aun fué mayor la libertad en que se halló la niña recién convertida en mujer, cosa que su primo celebró muy de veras, puesto que así había de serle mucho más fácil poner en práctica ciertos proyectos que había concebido.

Si estaba enamorado de Teresa, lo que procedía era hacer todo lo posible para que su amor fuera correspondido, y, si tenía la suerte de lograrlo, formalizar las cosas para casarse cuanto antes. Hablaría con don Alonso, su tío, y como éste le conocía como si de un hijo suyo se tratara, porque le había visto nacer y estuvo cerca de él desde que naciera, no sería difícil persuadirle de que le concediera la mano de su hija.

Pero no había que pensar en esto aun. Antes era preciso conocer la opinión de Teresa, ya que sin el consentimiento de ella, de poco serviría el de don Alonso.

Redobló el galán desde entonces las visitas

a casa de los Cepeda y, poco a poco, con la debida prudencia y corrección, fué haciendo ver a su prima los sentimientos que le inspiraba.

No es fácil de describir lo que entonces sucedió en el alma de Teresa. El ánimo de la joven estaba extrañamente excitado por las lecturas cada vez más continuas de aquellas historias de caballeros andantes. El hecho de que Teresa hubiera de leerlas a escondidas de su padre, pues éste se lo había prohibido, denotaba ya en la joven, siempre tan respetuosa y amante de los suyos, un estado de anormalidad sentimental. En aquel momento tan crítico de su vida, el momento de los grandes trastornos nerviosos por que todos pasamos en la adolescencia, el proceder de la joven estaba perfectamente justificado. Y, más aun, si se tiene en cuenta la libertad con que aquella alma inocente se desenvolvía.

No es extraño, pues, que Teresa llegara incluso a escribir una de aquellas novelas que de tal modo la apasionaban. Naturalmente, fué el fuego el destino de aquellos pliegos, escritos tan sólo por el placer de escribir, y siempre con el temor de que la hazaña llegara a conocimiento de su padre.

Así pues, las circunstancias no podían ser más favorables para su primo.



La ignorancia de Teresa sobre las cosas del mundo, le impidió comprender la causa y la intención de la nueva actitud del muchacho, pero es lo cierto que no le desagradaba.

Siempre había correspondido al afecto casi fraternal con que aquel pariente la distinguía y mil veces oyó de sus labios alabanzas por su talento y por su generosidad. No tenía, pues, motivo para sorprenderse de la admiración que le demostraba. ¡Pero había un algo tan nuevo, tan extraño, tan indefinible, en aquellas demostraciones!... Le hablaba en un tono dulce y humilde que, sin saber por qué, la conmovía. Sus palabras eran ahora más graves y confusas y, algunas veces, producían un ligero temblor en los labios que las pronunciaban. Pero lo que más la conmovía y desconcertaba era el fuego turbador, el singular desvarío con que aquellos ojos se fijaban en los suyos.

Grande, grandísima era la confusión de Teresa. Al mismo tiempo que en vano trataba de descifrar aquellos sentimientos que llenaban por completo su alma, se veía incapaz de imponerse a ellos. No sabía por qué, anhelaba las visitas de su primo y pensaba constantemente en él, deseando hablarle de nuevo prendida en el extraño poder de sus miradas y en

la turbadora fascinación de su cálido verbo.

Un día, el primo pronunció la palabra amor. Estaban en el jardín y nadie les acompañaba. Era el momento propicio del crepúsculo.

No supo Teresa que la conturbó más: si el misterio de la palabra o el tono de irresistible imploración con que fué formulada.

—Te amo — había dicho el galán.

Y ella, presa de un repentino e inexplicable rubor, con una cobardía impropia de la entereza de su carácter, huyó hacia la casa y se encerró en su aposento, de donde no salió hasta que estuvo cierta de que su primo se había marchado.

Aquella palabra se convirtió para Teresa en una idea fija que seguía confundiéndola cuando, horas más tarde, trataba de conciliar el sueño en el silencio y en la sombra de su cuarto.

Amor... amor... Y la palabra martilleaba el cerebro de Teresa con persistencia cruel. Ella había sentido amor hacia su madre y lo sentía por su padre y por sus hermanos. Ella amaba a Dios, amaba a la Virgen, amaba al maravilloso Redentor de la Humanidad. Sin embargo, ninguno de estos amores podía darle una norma sobre el amor de que su primo



... huyó hacia la casa y se encerró en su aposento.



le había hablado. Ningún amor de los que ella conocía y sintiera, producía aquellos trastornos en que tan extrañamente se mezclaban el deleite y la angustia, la tristeza y la alegría, la risa y el llanto.

Todos los amores se reducían a un estado de ánimo. Este, en cambio, era una enfermedad que interesaba el cuerpo y el alma, los sentidos y los sentimientos.

A la mañana siguiente, plugo al azar enviar a Teresa la apetecida solución. Era parienta de los Cepeda una joven muy iniciada en las cosas del mundo y que había logrado intimar con la hija de don Alonso. Hizoles tal parienta una visita aquella mañana, y Teresa aprovechó la ocasión para explicarle sus conflictos y demandar ayuda. De muy buen grado fué servida por la ligera dama, la cual le aclaró el enigma de aquellos sentimientos tan nuevos para ella, instándola a que se dejara amar por su caballeresco primo y correspondiera explícitamente a su amor. Pues este fué otro de los descubrimientos que le hizo la astuta parienta: Teresa estaba enamorada, todas aquellas emociones inexplicables no eran más que eso, amor.

No se detuvo Teresa a considerar si aquel proceder era o no conveniente. Para ser pru-

dente, hubiera sido preciso que no estuviera enamorada.

Volvió el primo aquella tarde, sin mostrarse ofendido por el desaire anterior. De nuevo todas las circunstancias favorecieron sus propósitos: la soledad, el crepúsculo, el jardín... Y esta vez no huyó Teresa a su aposento cuando el joven volvió a pronunciar la turbadora palabra.

Así comenzaron aquellos inocentes amores.

Una mañana, don Alonso requirió la presencia de su hija. Al acudir a la llamada, pudo Teresa observar que en la faz de su padre había una inusitada dureza.

—He decidido recluirte en un convento — fueron sus primeras palabras.

Nada dijo Teresa, tal era su desconcierto y el dolor que la noticia le produjo.

—Me he enterado de la verdadera causa de las visitas de tu primo.

Cubrió el rubor el rostro de la joven y aun le fué esta vez más imposible romper el silencio que siguió a las palabras acusadoras.

—Este proceder es indigno de ti.

Entonces sí que replicó Teresa. Desapareció el rubor de su rostro, alzó la vista del suelo y exclamó sin poder evitar que sus palabras tuvieran un ligero matiz de protesta:

—Yo no he cometido ninguna indignidad, padre.

—Eres demasiado joven aún para saber lo que es conveniente o inconveniente.

Pero Teresa no podía ya callar. Las palabras de su padre habíanle llenado el alma de zozobras y temores. Y aunque el semblante de don Alonso se mostraba grave y hermético, la joven demandó:

—Explícame, padre, porque he obrado mal. Verdad es que entre mi primo y yo hay algo más que el afecto propio de nuestro parentesco; pero ¿tan malo es ese amor que tú mismo has sentido sin duda por mi madre?

—¿Me has pedido permiso para establecer esas relaciones? ¿Ha tenido tu primo el buen propósito de darles un viso de formalidad consultándome?... Estos amores han tenido un mal principio y es preciso que tengan cuanto antes su fin.

Comprendió Teresa que la razón asistía a su padre. Debió consultarle antes de tomar determinación ninguna, o renunciar aquel amor, ya que jamás fué conveniente lo que hubiera de hacerse a escondidas de nadie, y menos de los seres que tienen sobre nosotros, al mismo tiempo que todas las abnegaciones, todos los atributos.

Comprendió Teresa su falta o su error, y sólo esta comprensión pudo darle la entereza suficiente para no replicar cuando su padre pronunció aquellas crueles palabras: “es preciso que estos amores tengan cuanto antes su fin”.

Aun repitió don Alonso:

—Ingresarás en un convento...

Y añadió, sin piedad ninguna por la tribulación de Teresa:

—...mañana mismo.

Así lo hizo don Alonso. Al mismo día siguiente, entregó a su hija a las hermanas de Santa María de Gracia.

Teresa tenía entonces diez y seis años.



## V

### ENTRE DIOS Y LA VIDA



SENTADA junto al amplio ventanal abierto sobre el jardín, Teresa se absorbía en dulces evocaciones. Dulces porque, al fin, la paz había vuelto a su alma y todo en ella era ahora apacible y risueño: lo era su semblante, lo era un nimbo misterioso que parecía flotar en torno a su figura, lo era su mirada perdida vagamente en el horizonte.

Sus primeros días en el convento fueron muy tristes. El rápido cambio de la libertad a la estrecha sujeción del monasterio, la imposibilidad de seguir satisfaciendo las inclinaciones adquiridas y, sobre todo, la certidumbre de que si estaba allí reclusa era por no

haber obrado bien, la tuvieron durante varias jornadas en profunda zozobra.

Era la madre superiora de aquel convento Sor María de Briceño, y a ella, sólo a ella, debió Teresa la paz de que ahora gozaba y la vuelta al camino que más derechamente podía conducirla a Dios.

Esta buena religiosa, comprendiendo, gracias a la experiencia de sus años, adivinando, mejor dicho, las tribulaciones que conturbaban a la joven reclusa, puso todo su empeño en devolver la paz a su alma y reanimar su abatido corazón.

Pasaba largas horas en conversación con ella, y era tal la discreción de aquella madre, que sus palabras servían a Teresa de consuelo, distracción y enseñanza al mismo tiempo.

Le aseguró que ningún pecado grave había cometido, que Dios no la había abandonado ni la abandonaría jamás, que su padre la había perdonado, olvidando sus menudas faltas y volviendo a depositar en ella toda la fe y el cariño que siempre le había profesado. Y estas palabras hicieron gran bien a Teresa.

Cuidóse además de hacerle agradable la estancia en el convento y procuró con su amena charla dar a su imaginación el alimento que

antes le proporcionaban los libros de caballería.

Por último, supo hacerle recobrar su antigua adoración por las cosas del Cielo, y así fué como Teresa olvidó su perdida libertad, sus pasadas aficiones e inclinaciones y todo cuanto la afligía en los primeros días de reclusión; y así fué cómo llegó a amar tan profundamente aquel convento y aquella vida, que no habría dejado la santa mansión aunque su padre le diera permiso para hacerlo.

Todo esto pensaba Teresa junto al amplio ventanal que daba al jardín del convento, cuando la llegada de sor María de Briceño interrumpió sus reflexiones.

—¿En qué piensa esa infatigable cabecita?  
—preguntó la superiora.

—En que la felicidad está en esta casa, madre mía, gracias en gran parte a vos. Esto pensaba, porque pensaba que me siento feliz y recordaba cómo he llegado a serlo.

—Todo se lo debemos a Dios, hija mía.

—Sin duda, madre; pero ¿no creéis que las compañías influyen mucho en nuestro ánimo y que una persona mala no lo será tanto si se rodea de personas buenas, así como será peor si se relaciona con seres moralmente inferiores a ella?

—Así es, hija mía.

—Pensaba en todo esto, madre, y me decía que acaso mi alma hubiera seguido un camino mejor, de no tener entrada en mi casa cierta parienta para la que todas las censuras son pocas. Como si el mismo demonio la inspirara, logró que me aficionara a ella y a su modo de ser y me inició en todo lo malo de que ahora tengo conocimiento. Mi madre había tratado de evitar que entrara en casa, como si presumiera el gran mal que había de hacerme, pero no le fué posible. También mi padre y mi hermana me reprochaban los frecuentes tratos que tenía con ella, pero como no podían evitar que entrara en casa, de poco servían tales amonestaciones. Yo sola, pues, fuí la culpable de los males que por esta parte me vinieron (males que entonces no quería ver, pero que ahora veo bien claramente) puesto que los que me rodeaban trataron de evitarlo en la medida que les fué posible. De un modo u otro, demostrado queda el mal que hacen ciertas compañías, y más cuando el alma está en los comienzos de su formación y el cerebro en la inconsciencia de la mocedad. Quisiera poder pregonar esto a los cuatro vientos para que padres o tutores tomaran ejemplo en mis des-

dichas y eligieran con tiento las compañías de sus hijos.

Complacida, embelesada, contemplaba sor María Briceño a la joven seglar. Llenábala de admiración y de asombro la viva inteligencia, la intuición maravillosa de aquella criatura, y más de una vez habíase quedado mirándola con aquella mezcla de estupor y de arrobo.

Y también ahora, como aquellas otras veces, murmuró:

—¿Será posible?

—¿El qué, madre? Os he oído repetir esas palabras tantas veces, que han llegado a intrigarme. ¿Qué es lo que os preguntais si será posible?

Sonrió la madre superiora ante la vehemencia de Teresa y repuso:

—Te lo contaré, hija mía, ya que con tanto deseo me lo pides; pero no creo que haga bien en contártelo, pues con ello no haré sino aumentar los vuelos de tu imaginación, que ya son muchos. Pero en fin, ¡todo sea por Dios! Pues sucedió que, hallándonos una tarde reunidas en el coro todas las monjas, algunas de ellas vieron que una estrella aparecía en la oscuridad. La estrella fué descendiendo lentamente, pues estaba en lo más alto del coro,

y no se detuvo hasta llegar a la cabeza de una de las monjas. Allí estuvo un momento inmóvil para pasar después a la cabeza de la monja inmediata y a la otra en seguida, y fué pasando así por encima de todas las cabezas hasta que llegó a mí. Entonces...

Se detuvo. Muy a pesar suyo, dominábala una emoción que temía contagiar a Teresa.

En efecto, ésta, sin poder reprimirse, inquirió:

—¿Entonces...?

—Desapareció en mi pecho.

Y sor María volvió la mirada al horizonte para que Teresa no percibiera el jadeo de su respiración ni el ligero temblor de sus labios.

—¿Y qué fué, sor María? — demandó Teresa con ansia.

Sor María halló la entereza necesaria para responder con la debida naturalidad:

—No sé, hija mía. Ni siquiera puedo tener la certeza de que la estrella apareció, porque no la vi, aunque las hermanas que aseguran haberla visto, me merecen entero crédito. Una de ellas, la más inteligente, dice que la aparición de la estrella anunciaba la entrada en este convento de una futura santa.

—¿Y qué opináis, vos, sor María? — si-

guió preguntando Teresa con más vehemencia cada vez.

—Que quizás sea cierto y quizás no lo sea. Quedó Teresa un instante pensativa.

—Pero ¿por qué os asaltan esas dudas cuando habláis conmigo y porque me miráis tan extrañamente cuando preguntáis: “Será posible”?

Y sor María repuso lentamente y con grave semblante:

—Porque me pregunto si serás tú esa futura santa.

Grande fué la confusión que estas palabras produjeron a Teresa. ¿Hasta tal punto la favorecía Dios, que disimulaba sus deficiencias para hacer resaltar sus menudos y escasos méritos? ¿Qué podía haber visto en ella sor María para considerarla digna de tan alto premio? Rebelóse su conciencia. Le parecía que estaba haciendo víctima de un indigno engaño a aquella santa madre, y a todas las hermanas del convento, y a la humanidad entera. Por eso exclamó con desesperada pesadumbre:

—No, sor María: yo no soy lo que creéis. ¿Habéis olvidado, acaso, que estoy aquí, no porque lo merezca, sino para purgar mis faltas? Ni puedo ser santa, ni soy digna de estar

entre las nobles y purísimas hermanas de este convento.

Y como el llanto cortara su palabra y empañara sus ojos, la dulce sor María trató de consolarla y de confortarla. Mas fué en vano. Teresa estaba resuelta a poner las cosas en claro y a no volver a aceptar una reputación que no le correspondía.

—No, sor María, no. Vos ignoráis muchas cosas de mí y quiero que lo sepáis todo. Como he dicho, mucho influyó en mí el trato con aquella parienta, pero no por eso tengo excusa, ya que mi padre y mi hermana me reprendían y me avisaban del mal que tal amistad podía acarrearne, sin que yo tuviera presente sus advertencias. Nada tomé de la gran honestidad y bondad de que me daba ejemplo mi hermana María, y también mi padre, copiando, en cambio, todas las vanidades y ligerezas de aquella parienta que no quiero nombrar. Leía romance tras romance, no hallando tregua para ojear siquiera los libros devotos que tanto habíanme seducido en mis años de infancia. Me aficioné a las galas y comencé a desear que mi persona agradase, no por las cualidades del alma, sino por las del cuerpo. Cuidaba con impropio amor mis manos y mis cabellos, haciendo derroche de perfumes y



adornos sólo buenos para satisfacer la vanidad y curiosidad que en mí se había despertado. Obtenida la enseñanza de la parienta que he dicho, mi malicia se bastó para hacer de las suyas. Presté oídos a un primo mío que me amaba, y aunque la más pura intención pusimos uno y otro en aquellas relaciones, sirvieron para adiestrarme en las artes del disimulo, las que de tal modo llegué a dominar, que mi padre tardó mucho tiempo en conocer la existencia de aquellos amores. Todo esto he hecho, sor María. Decidme ahora si merezco que sigais considerándome digna de ser santa.

Y, cubriéndose el rostro con las manos, se entregó a aquel llanto que con frecuencia había cortado el hilo de su discurso.

Sonreía sor María, satisfecha de tan gran arrepentimiento por faltas tan menudas, y a punto de replicar estaba cuando Teresa volvió a descubrir el rostro e hizo su última y más desesperada confesión:

—Y sabed, madre, que no siento inclinación por la vida conventual. No tengo el menor deseo de ser monja, lo que quiere decir que no poseo la fe suficiente para sacrificarlo todo a Dios. Sabed todo esto, sor María, y despreciadme.

Y como los sollozos fueran cada vez más

profundos y continuos, sor María se vió en el caso de reprenderla y de consolarla.

—Serénate, hija mía. No están bien esos arrebatos en personas sensatas.

—No puedo, hermana, no puedo contenerme.

—Veamos, veamos si puedes o no.

Y separó aquellas manos, y levantó aquel rostro, y enjugó las abundantes lágrimas que lo humedecían. Al mismo tiempo, iba diciendo:

—¡ Señor, señor! ¡ Qué niña tan rebelde se nos entró por las puertas de esta casa! Le dicen las personas de experiencia que está libre de pecado y que no ha ofendido a Dios, y ella, terca que terca, empeñada en lo contrario. Que si es una pecadora... que si se echaba perfume y se cuidaba el cabello, que si leía romances caballerescos, que si fué, que si vino...

Y una vez hubo cesado la niña de llorar, aunque en su corazón siguiera gravitando la pena y una profunda desolación se reflejara en su semblante, sor María le hizo esta pregunta:

—Díme, Teresa, ¿ por qué no me crees?

Sobresaltóse la niña ante aquella demanda que era más bien una acusación.

—Sí que os creo, sor María.

—Si me creyeras, no te torturarías tan inú-

tilmente. Esas faltas de que me has hablado son tan ligeras, que están ya más que olvidadas. Muchas veces lo he repetido. ¿Por qué no ha de bastar con que te digan las cosas una sola vez?

—Sois tan buena, sor María, que no puedo menos de sospechar que hablais así sólo por consolarme. Además, muchas de las cosas que os acabo de confesar, las ignorábais.

—Todas carecen igualmente de importancia, como estoy segura de que carecerán las que, por ólvido, pueda haber callado. Me basta con saber cómo eres para saber cómo fueron, son y serán tus acciones. Cierto que te perjudicó el trato de aquella parienta, cierto que la lectura de romances caballerescos es inconveniente para las almas en formación, cierto que no debiste ocultar jamás a tu padre lo que hacías. ¿Pero es éso motivo para que tanto te reproches y tanto te aflijas? ¿Acaso pasaron de ahí todos esos menudos errores? ¿No es gran mérito el haber andado tan cerca del peligro sabiendo evitarlo en todo momento? Eso prueba que tu alma es superior a las tentaciones y, al mismo tiempo, que Dios no te ha abandonado un instante, demostrándote así que eres digna de El. En cuanto a tu falta de inclinación por

la vida conventual, no me extraña: ello es muy propio de quien tiene tan pocos años como tú, y lleva, como tú también, sólo unos días de vida monjil. Ya veremos si más adelante sigues pensando como piensas ahora.

Y sor María se levantó y salió de la estancia dejando a Teresa a solas con sus pensamientos.

—No es posible, no es posible — se decía la reclusa una y otra vez—. Si alguien merece aquí la santificación, esa es sor María de Briceño, esta mujer tan admirable, tan generosa, tan inteligente, tan ejemplar.

Y cayó la tarde, se llenó de sombras la estancia, inundó la penumbra el jardín del convento, y seguía Teresa pensando:

“No es posible, no es posible...”

## VI

### OTRA VEZ EN EL MUNDO



CONFORME el tiempo fué pasando, fueron aficionándose más y más las hermanas de Santa María de Gracia a la encantadora compañía de aquella criatura incomparable. Todas se complacían en servirla como si de reina se tratara y la mimaban y la distinguían, considerándola algo así como a la niña de la casa.

Muchas veces se lamentaba Teresa de aquella privilegiada condición suya que le impedía dejar de ser gran señora ni aun cuando andaba en menesteres de humilde sierva. Comprendía que tanta soberanía no era del agrado de Dios, a quien, por el contrario, complacía la modestia y la humildad. Y como de nuevo sentía el amor de las cosas eternas, la con-

trariaba profundamente aquella especie de realeza que si bien le franqueaba los caminos de la tierra, le obstaculizaba los del cielo.

Sin embargo, otras veces no se sentía aun lo bastante magnánima para desposeerse de aquella altivez que era el sello jerárquico de los Cepeda y, aunque profundamente apenada, reconocía que el sentirse dama de calidad la complacía íntimamente.

Algo semejante le ocurría con la idea de profesar. Grande envidia le daba sor María de Briceño, la cual se sintió atraída a la vida conventual tan sólo con leer el Evangelio, y muchas veces sentíase decidida a imitar a aquella santa hermana, pero estas determinaciones eran pasajeras, y pronto volvía la joven a su antigua enemistad por el estado monjil.

Una tarde andaba Teresa al azar por los recintos del convento cuando tropezó con una monja que lloraba. Su primer impulso fué acercarse a ella para interesarse por el motivo de su aflicción y procurar consolarla, pero comprendió a tiempo que la religiosa merecía más admiración que piedad.

Estaba la monja arrodillada en su celda, con las manos enlazadas y la mirada fija en un crucifijo que pendía a la cabecera de su

humilde lecho. Temblaban sus labios al orar, tal era el fervor con que lo hacía, y sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

¿Por qué lloraba aquella religiosa? ¿Afligíala algún pesar? ¿Torturábala algún dolor? No. Era la visión de Cristo clavado a la cruz lo que la conmovía, el sublime heroísmo de Aquel que vino a redimir a la humanidad de sus miserias. Lloraba, no de pesar, sino de emoción. Eran aquellas lágrimas un don divino, premio del Cielo por la abnegación de aquella monja.

Profunda impresión produjo el cuadro a Teresa y desde entonces fué uno de sus más vivos deseos el conseguir la virtud de tan precioso llanto.

Esto, unido a la benigna influencia que sobre ella ejercía sor María de Briceño, con relatos que ponían de manifiesto el mucho bien que hacía el Señor a los que lo dejaban todo por El, fueron aproximándola a Dios cada vez más.

En estas luchas y progresos llevaba Teresa más de un año en el convento de Santa María de Gracia, cuando un día fué víctima de cruel y extraña enfermedad.

Estaba hablando con una de las religiosas, cuando se desplomó de súbito, quedando en el

suelo tan inmóvil y pálida, que dijérase que la vida había escapado de su cuerpo.

Dió la religiosa la voz de alarma y hubo gran revuelo de carreras y lamentaciones. Por orden de sor María Briceño, se la trasladó a su celda y se la acostó en su cama, donde hubieron de esperar largas horas para que recobrase el sentido.

Fué al punto avisado don Alonso y éste se apresuró a acudir al lado de su hija, con intención de llevársela a casa, pero fué preciso esperar a que recobrase las fuerzas, pues el síncope habíala dejado tan aniquilada como si saliera de una enfermedad de varios meses.

Grande fué la aflicción de todas las hermanas cuando conocieron la determinación de don Alonso, y profundo fué el pesar de Teresa al tener que separarse de aquellas que habían sabido hacerla volver al buen camino.

Sin embargo, fué preciso acatar la voluntad de don Alonso, el cual estaba terminantemente resuelto a llevarse a Teresa para cuidar de su maltrecho organismo, relegando de momento a un segundo término los cuidados del alma.

Durante la convalecencia, Teresa tuvo constantemente la compañía de su padre y de su hermano Antonio.



Aquél, ante las perfecciones de que a la sazón daba muestras su hija, sentíase arrepentido de haberla tenido tanto tiempo reclusa en Santa María de Gracia, no porque creyera haberle causado con ello mal ninguno, sino porque consideraba que, para un alma como aquella, todo castigo, contraproducente o provechoso, era una ofensa.

Conforme pasaban los días, iba sintiendo por Teresa una admiración mayor, y la autoridad que como padre tenía sobre ella, fué convirtiéndose en una suerte de respeto que tenía mucho de sumisión.

En cuanto a su hermano Antonio, era, aparte Rodrigo, el que más cerca de ella andaba por lo que a vocación religiosa se refería. No era su fe más pura ni firme que la de Rodrigo, pero, espíritu más apacible y carácter más igual que éste, no quiso dar a sus sentimientos cristianos la derivación que su hermano les diera, yéndose con Pizarro a conquistar el Perú, lo que para Antonio significaba establecer una no muy clara relación entre la causa de Cristo y el honor de la guerra.

Así, pues, mientras sus hermanos andaban por el mundo, la mayor parte de ellos luchando al lado de los conquistadores de tierras americanas, él permanecía en su casona de

Avila, al lado de su padre, que tan necesitado de compañía estaba entonces.

También Antonio sentía por Teresa verdadera admiración. Se consideraba inferior a ella, como Rodrigo en su niñez, y también se dejaba dominar por sus palabras, dándose rápidamente por vencido cuando entablaban debate, aunque tuviera la convicción de que la razón estaba de su parte.

Sentado al lado del sillón en que se acomodaba su hermana, vió morir muchas veces la luz del día a través de los ventanales encristalados que daban al jardín, e incontables fueron las ocasiones en que el nombre de Dios surgió de los labios de uno y otro.

Una tarde le dirigió Teresa, sin preámbulos ni rodeos, la siguiente y delicada pregunta:

—¿Serías capaz de recluirte de por vida en un convento?

Pasados los primeros momentos de confusión, Antonio repuso lo único que podía responder:

—No sé, Teresa.

Dirigióla la joven una de aquellas miradas turbadoras a cuyo influjo era tan difícil sobreponerse. Estaba en uno de aquellos mo-

mentos de excitación que eran en ella frecuentes desde que dejara de ser niña.

Casi inmediatamente después de contestar a la pregunta de Teresa, Antonio inquirió.

—¿De dónde te ha venido ese pensamiento?

—Hace mucho tiempo que mi reclusión, no la tuya, constituye para mí un absorbente problema. Desde que volví al buen camino gracias a las sugerencias de esa santa que se llama sor María de Briceño, parecióme un deber el sacrificar mi libertad, las comodidades de nuestro hogar y, en fin, mi vida entera a Dios. Y confieso, hermano mío, que el deber se ofreció siempre a mis ojos como algo superior a mi fe y a mis fuerzas. Me ha parecido muchas veces estar determinada a realizar el sacrificio, pero tal estado de ánimo ha sido pasajero y pronto he podido convencerme de que todavía Dios no había querido favorecerme con aquella abnegación que permitió a sor María de Briceño decidirse a profesar sólo con la lectura del Evangelio. Hoy he tenido uno de esos momentos de determinación para el sacrificio, y aunque, como siempre, pronto me ha abandonado, el problema no se ha separado de mi pensamiento un instante. Todo el día estoy dándole vueltas en la imaginación.

a la siguiente pregunta: ¿Querrá Dios algún día darme el valor que ahora me niega?

Y el tono de sus palabras era más de imploración que de pregunta. Y sus ojos, llenos de amor, de pesar y de luz, se alzaban al cielo.

—Sí, Teresa — repuso sinceramente el hermano —; Dios te dará algún día ese premio que anhelas.

—¿Cómo puedes saberlo tú?

—Todo lo que se desea con fervor y con empeño se obtiene. Además, hermana mía, en tu alma caben esas y otras grandezas mayores.

—¡Oh, cuánto consuelo me das, hermano mío! Esto me animará a seguir luchando. Muchas veces me doy a mí misma la razón de que los trabajos y la pena de ser monja no pueden ser mayores que las del purgatorio y que bien se puede pasar la vida como en purgatorio para después ir derechamente al cielo. El demonio me replica que no podré soportar una vida tan ruda después de la regalada que he llevado, pero me defiende pensando que más sufrió Cristo y que bien puedo yo pagar en parte los sacrificios que por todos los seres humanos ha hecho. Por eso, mi buen hermano, te digo que tengo esperanzas de triunfar y que no desmayaré en la lucha.

Y si antes resplandecían sus ojos, ahora centelleaban de ilusión.

Cuando hubo recobrado las fuerzas, llevó-sela don Alonso a Castellanos de la Cañada, donde residía su hermana María, casada con Martín de Guzmán y Barrientos.

En el camino de Avila a Castellanos, estaba la aldea de Ortigosa, donde tenía su casa solariega don Pedro de Cepeda, hermano de don Alonso.

Componíase la aldea de Ortigosa de muy pocas casas — unas cuarenta — y estaba enclavada en una hondura rodeada de montañas.

Detuviéronse los viajeros a saludar al solitario hidalgo, y no es para dicho el júbilo que éste experimentó al ver a su hermano y a su sobrina.

Era viudo don Pedro y no tenía amigos con quienes distraer sus ocios. Días enteros se pasaba sin cruzar sino las imprescindibles palabras con los criados. Bien es verdad que tenía la compañía de buenos libros y su mayor afición era la lectura.

Aunque los viajeros no llevaban intención de permanecer en Ortigosa sino el tiempo preciso para hacer una visita a don Pedro, éste

se empeñó en retenerles unos días a su lado, y no hubo medio de evadir el compromiso.

Se instalaron, pues, en la casona de Ortigosa, y allí vivieron algunos días en la misma paz que en el solar avilés.

Sin embargo, algo obtuvo Teresa de aquella casa, que la movió a dar gracias a Dios por haber inspirado a don Pedro la idea de no dejarles marchar.

Era el noble tío de Teresa, como se ha dicho, muy dado a las buenas lecturas, y como sus ojos comenzaban a sentir el cansancio de tan dura y larga labor, pidió a su sobrina le evitara durante aquellos días el trabajo de leer, leyendo ella en voz alta.

Accedió gustosa Teresa y muchas mañanas les sorprendió la hora de la comida y muchas tardes la de la cena con el libro en las manos y el alma en aquellas altísimas regiones por las cuales fluía el verbo de los santos autores.

Pues todos los libros que a don Pedro interesaban, o habían sido escritos por santos o trataban de ellos.

Esta circunstancia hacía recordar a Teresa su niñez al lado de Rodrigo, cuyas místicas lecturas en el jardín tanto beneficiaron a su alma.

Tales ejercicios hicieron a la convaleciente

mucho bien, pues borraron todas las tritezas que le quedaran de la enfermedad y fortalecieron sus propósitos de vencer los temores que la reclusión en un convento le inspiraba.

Pensó también Teresa que el bien de la fe era don general en su familia y que hallándose rodeada de personas tan inclinadas a Dios, su alma no podía menos de hacer constantes progresos, llegando, al fin, al objetivo anhelado.

Transcurrido el plazo, que don Pedro quiso aun prolongar sin vencer esta vez la resistencia de los huéspedes, reanudaron éstos el camino, llegando a Castellanos al siguiente día.

Si bien habíales recibido el tío, grandes fueron los extremos de júbilo del matrimonio cuando vieron entrar por las puertas de la granja a don Alonso y a Teresa.

Era esta granja una amplia y ventilada residencia, con sus patios, su gran pozo, sus animales y sus terrenos de siembra, situada a mitad del camino que une a Avila con Alba. Tampoco faltaba en ella, para contento de Teresa, la capilla.

De no ser por las chozas de labradores que la rodeaban, la granja hubiera estado sola en mitad del campo.

Se aspiraba allí el aire puro y conforta-

dor de la sierra y la luz lo inundaba todo. Llevaba el matrimonio una vida sana, sencilla y jovial que contribuía a aumentar aquel optimismo ambiente.

No pudieron sustraerse a él el alma ni el cuerpo de Teresa, acabando de sanar éste y aquélla de fortificarse y de sentirse inclinada al sacrificio.

Eran los trajes blancos los predilectos de María y semejava una paloma al ir constantemente de un lado a otro de la quinta, disponiéndolo todo y velando lo mismo por la buena marcha del negocio que por el buen orden y desenvolvimiento del lugar.

Varios meses estuvo la convaleciente al cuidado de Martín y de María, y de tal modo la atendieron y regalaron, que Teresa no olvidó en su vida aquella temporada pasada en Castellanos.

Cuando volvió a Avila, había tomado en definitiva la determinación que desde hacía tanto tiempo venía siendo origen de íntimas luchas.

Esta disposición espiritual debíase en gran parte a la estrecha amistad que había vuelto a entablar con los buenos libros. Desde su vuelta estaba absorbida por la lectura de las Epístolas de San Jerónimo, y de tal modo la





— Eso, Teresa, no lo consentiré mientras viva.



impresionaron las bellas palabras del Santo, que, leída la última página del hermoso libro, fuese en busca de don Alonso y le dió cuenta de su decisión.

—Padre mío, he resuelto ser monja.

Aunque ya esperaba don Alonso que esto sucediera, pues Teresa había dejado fácilmente entrever sus intenciones, recibió el mismo sobresalto que si la noticia fuese absolutamente nueva para él.

El imperio que había logrado Teresa sobre don Alonso últimamente, fué rechazado esta vez por el caballero, el cual comprendía que sólo así podría evitar lo que para él significaba una catástrofe.

¿Era que no veía toda la nobleza que encerraba el propósito de su hija? No. Todo lo que fuera sacrificarse por aquel Dios, a quien él mismo tan profundamente veneraba, parecía digno de admiración y alabanza, y cuanto mayor fuera este sacrificio, más admirable y merecedor de encomio lo consideraba.

Pero, tratándose de Teresa, el cariño paternal le ponía una venda en los ojos. Por eso se irguió, volvió a hacer uso de toda su antigua autoridad y dijo con severo semblante.

—Eso, Teresa, no lo consentiré mientras viva.

Un tanto sorprendió y desconcertó a la joven el tono de la respuesta. Sospechaba que aquel padre que tanto la quería había de luchar por conservarla a su lado, e iba apercebida para la lucha, pero no creyó que hubiera de ser ésta tan empeñada.

Comprendió, pues, que habría de hacer un gran esfuerzo para no dejarse vencer por quien tenía sobre ella la ventaja de la autoridad y exclamó, no siendo tal vez muy sincera:

—¿Por qué? ¿Por qué, padre mío, no quieres complacerme en lo que constituye mi mayor ilusión? Si no puedo realizar este propósito, moriré de pesar. Nunca creyera que tan terminantemente te habrías de oponer a aspiración tan alta y que tan de acuerdo está con tu modo de sentir. ¿Es que no me amas, padre mío? ¿Es que mengua tu fe?

Estas palabras, tan certeramente dirigidas, ablandaron el corazón del noble caballero. Había en los ojos de Teresa un resplandor que presagiaba lágrimas y su voz tenía un desgarrador matiz de angustia. Que su hija sufriera, era algo superior a la entereza del apasionado padre. Por eso desistió de seguir usando el duro tono autoritario que empleó en sus pri-

meras palabras, y, con desolación más profunda y sincera que la de Teresa, exclamó:

—No es que haya dejado de amarte, hija mía, sino que te amo cada vez más. Por eso no quiero separame de ti. Eres tu mi única ilusión. Murió tu madre, se fueron tus hermanos. Únicamente de ti puedo esperar consuelo en los años que me restan de vida. Teresa, óyeme. Ahora no ordeno sino que suplico: no me dejes; espera a que muera.

—¿Por qué esperar, padre? Yo no quiero esperar nunca ni por nada a que mueras, porque es mi deseo que vivas muchos años. En cuanto a ese abandono de que hablas, es, sino una invención, un temor tuyo.

Y añadió, procurando dar a sus palabras un tono animoso que levantara el abatido ánimo de don Alonso.

—Mira, padre. He pensado en el convento de la Encarnación, donde no sólo tengo una amiga muy querida, sino que no se promete clausura. Podré venir a verte y podrás venir a visitarme. Si alguna vez necesitaras de mis cuidados, a tu lado me tendrías. Estarás tan cerca de mí, que te parecerá seguimos viviendo bajo el mismo techo. ¿Verdad, padre, que consentirás?

Y don Alonso sentíase vencido. Véase ya

separado de Teresa para siempre. Durante su permanencia en Santa María de Gracia, tuvo cuando menos la esperanza de que pronto, tan pronto como quisiera, la recobraría. Y esta misma seguridad le curaba de toda impaciencia. Pero ahora...

—Eres tú, Teresa, la que no correspondeste a mi cariño — exclamó el atribulado padre—. ¿Cómo, si no, pensarías en abandonarme, aunque no fuera por completo como tú dices, cuando la ancianidad o tal vez la muerte tan cerca está de mí? Piensa, hija mía, en lo que será de mí en esta casa que por ser tan espaciosa hará más evidente mi soledad, cuando los achaques de los años hagan sufrir a mi organismo como ya sufrirá mi alma. Dirás que Antonio está a mi lado, pero Antonio es un hombre, y un camino u otro habrá de emprender. Me horroriza el pensar en la aversión que cobraré a esta casa a la que tanto amé siempre. Pero ¿podrá ser de otro modo? Me parecerán desiertas estas estancias. Oiré en ellas el resonar de mis pasos, y sólo entraré en aquellas en que la luz del día penetre directamente, porque la oscuridad me inspirará un horror supersticioso. Ya siento que mi mente flaquea. ¿Qué no será entonces, cuando nada me pueda distraer?

Y el caballero, que se había levantado convulsivamente de su sillón, iba de un lado a otro de la estancia. Las manos a la espalda, baja la cabeza, parecía hablar consigo mismo más que con su hija. Pero, de súbito, se detuvo ante ella y le preguntó, con una rápida transición que parecía haberle convertido en un niño:

—¿Verdad, Teresa, que ya no piensas dejarme?

Pero Teresa no contestó. Le destrozaba el alma el dolor evidente de aquella persona tan querida, y, al mismo tiempo, una especie de voz misteriosa le decía desde el fondo del alma que no se dejara vencer. Optó, pues, por callar.

Y este silencio fué para don Alonso como una negativa.

—¡Ah! — exclamó el hidalgo, reanudando sus paseos—. Ya veo que no quieres concederme lo que te pido; ya veo que no estás dispuesta a hacer ningún sacrificio por tu padre. Yo podré enloquecer, morir, pero tú habrás realizado tus propósitos.

Murmuró unas palabras ininteligibles y añadió en voz alta:

—¡Y pensar que de todo esto tengo yo la culpa! Yo, que te he llevado adonde habían

de inculcarte esas ideas. ¡Qué pena, Señor, y qué remordimiento!

Se volvió de súbito hacia Teresa. De nuevo le preguntó con tono infantil:

—¿Verdad, hija mía, que no me abandonarás?

Teresa tenía los ojos arrasados en lágrimas. Al oír aquel segundo ruego tan lleno de desesperación y de ternura, fué a rendirse. Pero ya las palabras de renuncia estaban a punto de brotar de sus labios, cuando la voz misteriosa volvió a llenar su alma y sus oídos.

Y entonces se contuvo, dobló la cabeza y volvió a guardar silencio.

Duró éste varios segundos, durante los cuales se percibió claramente el jadeo de aquellos dos pechos agitados.

De súbito, irguióse el caballero. Volvió a ser don Alonso de Cepeda, el hidalgo de siempre. Volvió la gravedad a su semblante, la majestad a su continente y, con voz recia e imperativa, exclamó:

—Pues bien. Ya que nada logran mis súplicas, haré uso de mi autoridad. Oyelo bien, Teresa. Te prohíbo que des paso ninguno para realizar tus propósitos. No serás monja mientras yo viva.

Y la despidió con un gesto.



Teresa salió de la estancia sin levantar la cabeza.

\*  
\*\*

Grandes luchas se libraron en el alma de la joven, muchas lágrimas derramó la cuitada; pero siempre aquella misteriosa voz venía en trances semejantes a fortalecer su espíritu y a desvanecer sus dudas.

Recurrió Teresa a todas las amistades que pudieran influir en don Alonso, aunque en vano.

Largos días duraron estas luchas y estos fracasos; pero Teresa no desmayaba.

Y, como tenía el apoyo de Dios, el triunfo coronó al fin sus esfuerzos.

Fué Antonio, tan sensato, tan apacible, el que se encargó de convencer a don Alonso.

Así fué como Teresa pudo profesar en aquel convento del que era monja una amiga suya muy querida.

Aconteció esto el día tres de noviembre del año mil quinientos treinta y cuatro.

## VII

### NUEVAS DICHAS Y NUEVOS DOLORES



U primer día en el convento fué un día hermoso que no olvidaría jamás. Apenas se hubo vestido el hábito, sintió como si una paz gloriosa invadiera su alma. Dijérase que Dios aguardaba tan solo aquel momento para hacerle tan gran merced. Todo se le apareció de color distinto y vió de súbito que la vida monjil no era sacrificio sino deleite.

¿Cómo pudo estar tan ciega hasta entonces? ¿Cómo pudo temer a aquello que era como el secreto de la felicidad?

Sentía por todos y hacia todo una singular ternura y halló en los más humildes menesteres, tales como el de barrer o ayudar en la cocina, un placer que no había sentido, ni re-

motamente, cuando leía libros de caballerías y se cuidaba el cabello y las manos.

Procurábale el Altísimo las más dulces emociones y la oración fué convirtiéndose para ella en carísimo regalo.

En cuanto a don Alonso, pronto su cariño de padre anuló los pequeños rencores, volviendo a sentir hacia su hija la ternura de siempre y una admiración que progresaba de acuerdo con el perfeccionamiento de Teresa.

Iba a visitarla, a consultarla, y sacaba tanto provecho de sus conversaciones con ella, que también él fué aprendiendo a hallar deleite en el sacrificio, gustando de su soledad casi tanto como de la compañía de Teresa.

Por estos cauces de paz y deleites sin cuento deslizábase la vida de la nueva monja, cuando Dios quiso someterla a pruebas mayores.

Por mucho que fuera su contento en aquel estado y aunque su alma se hallara realmente muy mejorada, el cuerpo se rindió a las deficiencias materiales de la vida monjil.

Los alimentos eran peores, el lecho más duro y menos el descanso. Todo esto la fué debilitando paulatinamente, hasta que un día le repitió el fatídico ataque que pusiera fin a

su reclusión en el convento de Santa María de Gracia.

Enterado don Alonso, acudió al monasterio acompañado del mejor doctor de Avila.

Reconoció éste a la enferma y el reconocimiento sólo sirvió para poner en evidencia su ignorancia o la incapacidad de la Ciencia. No podía diagnosticar. Aquella enfermedad tenía síntomas desconcertantes. La sometería, sin embargo, a tratamiento.

Así lo hizo, y aunque Teresa salió con bien de aquel segundo ataque, no puede decirse que el plan terapéutico diera buen resultado, pues a los pocos días volvía la enferma a caer en uno de aquellos desmayos que le duraban muchas horas y de los que salía tan agotada como si volviera de la muerte a la vida.

Buscó don Alonso nuevos médicos y todos fracasaron igualmente. Ya no podía confiarse en la ciencia para la curación de la paciente, pero no por eso desmayaba el padre ni renunciaba a hallar el remedio que devolviera la salud a su hija.

Hizo indagaciones, preguntó a todos sus conocimientos y así pudo llegar a saber que en Barco de Avila residía una famosa curandera que había devuelto la salud a muchos enfermos graves.

Con la nueva, trasladóse don Alonso al convento y comunicó a Teresa su resolución de llevarla a Barco de Avila para consultar a la famosa curandera.

Ni creía la enferma en curanderías, ni tenía ganas de salir del convento. De aquí que se negara a cumplir los propósitos de su padre.

Tampoco don Alonso creía en las hechicerías de las curanderas, pero, tratándose de la salud de su hija, ningún intento le parecía despreciable.

Por eso consultó a la madre superiora y a la amiga por quien Teresa había elegido aquel convento y les rogó utilizaran toda la influencia que pudieran tener sobre su hija para convencerla de que debía dejarse llevar a Barco de Avila, donde tal vez hallara cura para su grave mal.

De tales argumentos echó don Alonso mano para convencerlas, que la amiga incluso se ofreció a acompañarla si era preciso.

Don Alonso acogió con entusiasmo el ofrecimiento por considerarlo de gran eficacia para persuadir a Teresa, y al punto fué a dar cuenta de él a su hija, arrancándole fácilmente el consentimiento.

Días después partieron las dos religiosas acompañadas de don Alonso.

Comenzaba el invierno. El carruaje se deslizaba penosamente por el enlodado camino. Estaba el cielo encapotado y el paisaje tenía apariencias de aguafuerte. Cenicientas y abruptas montañas, barrancales, desnudas y grises llanuras...

El camino era aquel que Teresa y don Alonso habían recorrido hacía un año, cuando fueron a casa de María. Barco de Avila estaba cerca de Castellanos y antes de ir a aquel lugar, detendríanse en la granja para saludar al matrimonio.

Pero antes pasaron por Ortigosa e hicieron un alto para ver a don Pedro. Renovóse el júbilo del solitario caballero, creyendo que los viajeros consentirían en ser sus huéspedes, pero esta vez se opuso terminantemente don Alonso a retrasar el viaje, explicando a su hermano el cariz alarmante que habían tomado los males de Teresa y haciéndole ver lo inconveniente que era todo retraso.

No insistió el solitario hidalgo de Ortigosa. Antes bien, dió prisas a los viajeros para que llegaran cuanto antes a Barco de Avila.

Durante las despedidas, don Pedro, a quien los visitantes habían sorprendido con su libro en las manos, dijo a Teresa :

—Esta vez, hija mía, no ha querido Dios concederme el regalo de su compañía. No me podrás leer como el año pasado, para deleite de mis oídos y bien de mi alma. Pero no es ello razón para que te prives tú de la lectura de esta obra excelente, donde se enseña el modo de orar para alcanzar unión y otras altísimas mercedes.

Agradeció Teresa en el alma el regalo, pues no estaba iniciada en estas perfecciones de la oración y deseaba obtenerlas, sin hallar libro ni persona que la enseñara.

Llamábase el libro *Tercer Abecedario* y había sido escrito por el franciscano fray Francisco de Osuna.

Reanudaron el viaje y, al llegar a Castellanos, repitiéronse las escenas de alegría, turbadas tan sólo por el conocimiento de los males de Teresa.

Al mismo día siguiente, la enferma y don Alonso, acompañados de María y de la amiga de Teresa, dirigieronse a Barco de Avila para visitar a la curandera .

Preguntaron donde vivía y, como no había en el lugar persona que no la conociera, pronto se hallaron ante una casucha de angosta puerta y sin más hueco en su sucia fachada

que éste y otro correspondiente a un alto y estrecho ventanillo.

Ya habían advertido a don Alonso que aquella puertecilla no se cerraba jamás, con objeto de que pudiera entrar libremente todo el que necesitase de los servicios de la hechicera, y no tuvieron los forasteros más que empujar para hallarse en un zaguán tan angosto como la puerta y ante una escalerilla más estrecha aún.

Subieron; traspusieron una segunda puerta.

Aunque era pleno día, en aquella mansión reinaba la más completa oscuridad, ya que la luz no hallaba hueco ni abertura por donde filtrarse.

Cuando los ojos de los visitantes acostumbráronse a aquella oscuridad, pudieron advertir que se hallaban en un corredor por el que sería difícil deslizarse sin rozar con los codos ambas paredes y tan bajo de techo que casi bastaba levantar las manos para tocar las vigas.

Un singular olor a chamusquina, hierbas y drogas lo llenaba todo y no se oía en la casa el menor ruido.

A fuerza de escudriñar en la sombra, pudieron los ojos de los visitantes percibir algo así como el resplandor de una luz lejana, y se



dirigieron hacia el lado del pasillo donde se advertía este único vestigio de vida.

Pero llegaron a un recinto no menos estrecho y oscuro que el corredor, y, como al llegar a la única puertecilla que se veía en el fondo advirtieran que iban a pasar a otra pieza no menos sombría, don Alonso, que muy a pesar suyo comenzaba a sentirse poseído de una molesta aprensión supersticiosa, dió una voz.

—¡Ah de la casa!

Y él y sus acompañantes quedaron inmóviles y silenciosos en espera de la respuesta.

Transcurrieron unos segundos sin que nada se oyera, pero en seguida se percibió algo así como un crujido de muebles viejos o de huesos humanos en decrepitud. Y a este ruidillo siguió otro de pasos que se acercaban rasteando.

Fijaron los visitantes la mirada en el hueco por donde el murmullo llegaba y vieron aparecer una menguada forma humana que difícilmente se discernía en la sombra, por ser ella igualmente sombría. Les pareció que la personilla levantaba un brazo al mismo tiempo que les decía con voz trémula y cascada:

—Entren vuestas mercedes.

Y desapareció de la puerta.

Al pasar a la pieza inmediata, vieron los vi-

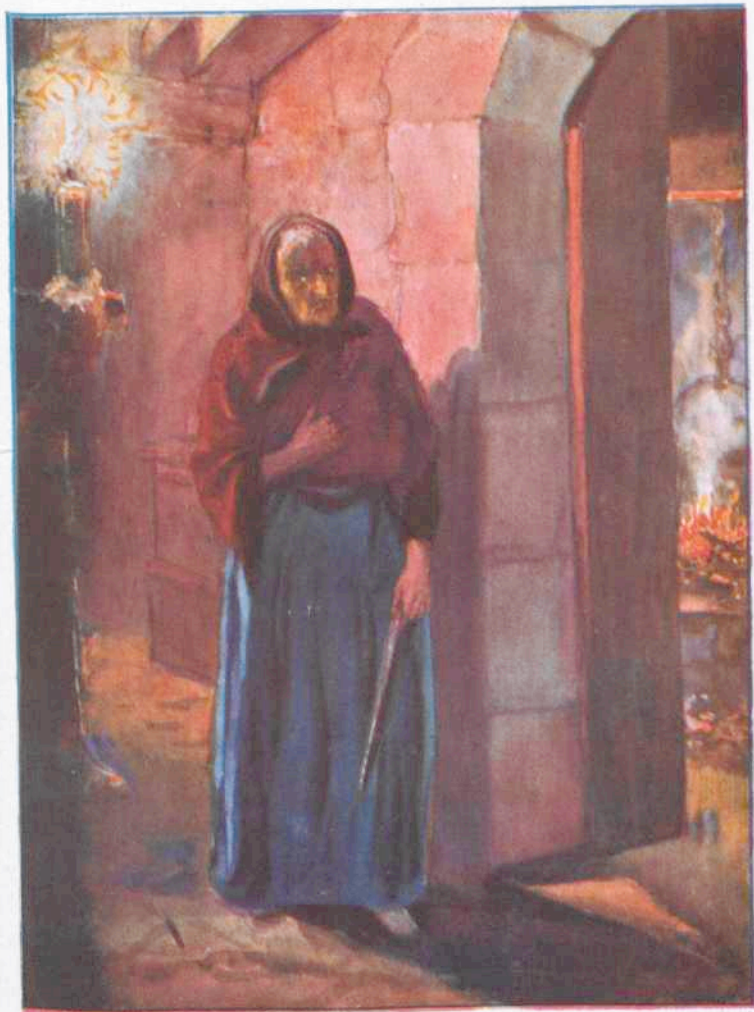
sitantes que en la estancia contigua había luz y, al entrar en ella, pudieron distinguir claramente las facciones de la dueña de la casa.

Era una vieja de arrugado, seco y amarillo rostro, en el cual destacaban turbadoramente unos ojillos negros y vivaces que, al mirar, parecían clavarse en las cosas. Su enjuto y menudo cuerpo estaba doblado por el peso de la vejez. Sin embargo, sus movimientos eran rápidos y nerviosos y ni un solo segundo estaba su cuerpo en absoluta quietud, pues cuando los brazos reposaban, movíanse sus pies, y cuando descansaban éstos, se agitaba su cabeza, en tanto los gestos pasaban por su rostro en rápida sucesión.

La luz que iluminaba aquella pieza era la de un cirio pegado con su misma cera sobre una especie de consola que había en un rincón y los extraños olores provenían de la cocina, departamento inmediato, cuya abierta puerta permitía ver varios hogares, todos ellos encendidos y coronados por recios calderos.

Repuesto don Alonso de las diversas impresiones que acababa de recibir, y a instancias de la curandera, que no era otra que la anciana descrita, expuso el objeto de la visita, explicando el mal que atormentaba a Teresa.

Pidió entonces la anciana que la dejaran



Era una vieja de arrugado, seco y amarillento rostro.



sola con la enferma, y sus acompañantes pasaron a la pieza contigua, no alejándose mucho de la puerta pues a ninguno le inspiraba la debida confianza aquella inquietante vieja.

Sólo pretendía la anciana enterarse en detalle de la enfermedad de Teresa por ella misma, según había asegurado al padre, a la hermana y a la amiga, y pronto advirtieron éstos que decía verdad, pues durante la espera sólo percibieron susurros de sigilosa conversación.

Media hora duraron las consultas, y al cabo de este tiempo, apareció Teresa seguida de la anciana, la cual habíase apoderado del cirio que ardía sobre la consola, evidentemente para que la salida de los visitantes fuese más fácil que lo fuera la entrada.

Y la hechicera manifestó:

—No podrá ser curada hasta abril. Vuelvan para entonces vuestras mercedes, si así les place, pues sólo entonces podré hacer algo por la salud de la hermanita.

—¡Hasta abril! — exclamó don Alonso, contrariado—. ¡Nueve meses de espera!

—Antes no podrá ser — replicó la anciana con tono decisivo.

—Cuando menos, ¿tenéis esperanza de que entonces la curaréis?

—Otras enfermedades más difíciles y graves han hecho mis manos desaparecer.

Y, como para evitar nuevas preguntas de don Alonso, añadió:

—Vengan por aquí vuestras mercedes. Yo, que llevo la luz, las guiaré.

Y echó a andar seguida de los clientes hacia la puertecilla que daba paso a la escalera.

En tanto el carruaje les llevaba a Castellanos, preguntó María a su padre:

—¿Qué piensas hacer? ¿Volver a renunciar a una nueva visita?

—Volver — repuso al punto don Alonso—. Esta hechicera, al mismo tiempo que inquietud y desconcierto, tiene el don de infundir esperanza, aunque no se lo proponga. ¿Qué no haré yo por la salud de Teresa?

—Entonces, lo mejor será que os quedéis todos en Castellanos. Así no tendréis que andar yendo y viniendo.

—Se quedará Teresa — repuso don Alonso—. Yo no puedo faltar tanto tiempo de Avila.

—Ni yo del convento, hermana mía — disculpóse Teresa.

Intervino el padre, apoyando la idea de María. Era locura pensar en volver al convento no estando completamente repuesta de

su enfermedad, probado como estaba que la causa de su recaída fuera la vida monástica.

Mas como Teresa siguiera negándose, hubo que volver a recurrir a la influencia de su amiga, la cual sólo consiguió convencerla prometiéndole quedarse también ella en Castellanos.

Así se hizo. Teresa y su amiga quedáronse en la granja en espera del mes de Abril, y don Alonso regresó a Avila, prometiendo más de una visita y en breve plazo.

De nuevo se sumió Teresa en una vida apacible y retraída, tal como la llevara hacía un año en aquel mismo lugar, dedicando la mayor parte del día a las lecturas religiosas, en tanto Martín y su esposa andaban en sus obligaciones.

Bien es verdad que esta vez tenía la compañía de un alma afín, con quien hablar de lo único que a ambas les interesaba y apasionaba; pero también la amiga amaba la soledad y el recogimiento.

Un día, sin embargo, fué Teresa en busca de su compañera, denotando en su actitud que le era imprescindible hacer ciertas confidencias.

De muy buen grado se dispuso la amiga a hacer las veces de confesor, y comenzó por es-

cuchar las siguientes palabras de labios de Teresa:

—¡ Oh, amiga mía, qué feliz soy!

—¿ Pues qué nuevo bien te ha hecho Dios?

—Tú lo has dicho, hermana: “qué *nuevo* bien”. Pues son continuas y numerosas las mercedes con que Dios corresponde a mis poquísimos méritos, tan pocos, que por cada uno podría contar cien pecados.

Y tras este preámbulo que ya resultaba en ella un estribillo, manifestó:

—Ha sido mi compañero inseparable durante el tiempo que llevamos en esta casa, el libro que mi tío Pedro me regaló, y el cual, como sabes, lleva por título *Tercer Abecedario*. En dicho libro alecciona fray Francisco de Osuna acerca del modo en que se debe orar para dar a la oración sus más altos fines y obtener los mayores bienes espirituales. Era ésta cuestión que traíame preocupada, pues mi torpeza para tales menesteres era manifiesta, y tenía gran envidia a las que me hablaban de unión durante sus oraciones. Yo no sabía bien qué era esto, pero algo muy alto y exquisito sospechaba que fuera, al ver el gesto de las que oraban con tales mercedes y el entusiasmo con que de ellas hablaban. De aquí que con tanto interés comenzara la lectura del libro,



no dejándole de la mano hasta que le hube dado fin, y de aquí que lo relejera una y otra vez hasta que sus enseñanzas se me quedaron bien grabadas en la memoria. Procedí tal como él aconseja, le obedecí en todo y... ¡oh, hermana! ¿cómo describirte lo que mi alma ha comenzado a sentir durante la oración? ¡Es hermoso, es sublime! En tales momentos, que aun son muy breves — duran a lo sumo lo que el Ave María—, paréceme tener el mundo bajo mis pies y siento al Señor dentro de mí. Y aun se lamenta mi buen padre de los males que sufro. ¡Plugiera a Dios multiplicármelos para merecerle más!

Y estaba realmente arrobada, enloquecida de felicidad.

Con estos nuevos trabajos espirituales, su cuerpo seguía enflaqueciendo y debilitándose, y en la palidez cada vez mayor de su rostro, resaltaban sus hermosos ojos negros, tan llenos de luz y de inteligencia. Su amplia y bella frente dijérase de marfil y el óvalo impecable de su rostro asemejábase cada vez más al de una virgen.

Adelgazaba su cuerpo, ciertamente, pero, lejos de perder gentileza, la ganaba, pues había en él una mayor flexibilidad y una gracia como de paloma. Deslizábase sin ruido,

suave y dulcemente, y, sin embargo, había en su paso una majestad incomparable que invitaba a la reverencia.

No obstante, la pureza de aquellos aires, los más adecuados alimentos que Martín y María forzábanla a tomar, contrarrestaron los efectos de los excesivos trabajos espirituales e incluso experimentó una ligera mejoría en aquellos meses de espera.

Llegó al fin la primavera, reverdeciendo los campos y cubriendo de flor los árboles frutales. Apuntaron los capullos en los rosales, volaron las primeras mariposas.

Teresa, en cambio, puso la nota discordante en aquel resurgimiento de vida y de juventud. Perdió las fuerzas ganadas; fué como si se dejara arrollar por aquel aluvión de vida.

Sin embargo, ganaba en lucidez. Decaía su cuerpo pero su alma seguía avanzando triunfalmente.

En Abril llegó don Alonso, y, tras un breve descanso de dos días, volvieron a dirigirse a Barco de Avila los mismos que fueran en el pasado otoño.

Hubieron de buscar alojamiento para una temporada, con objeto de que la curandera realizara sin apremios las curas, prolongándolas y repitiéndolas tanto como preciso fuera.

El mismo día de su llegada a Barco de Avila, hallaron casa, y al siguiente, ya descansados del viaje y de los trabajos que siempre origina la instalación en una nueva vivienda, fueron a hacer su segunda visita a la famosa curandera.

Repitióse lo sucedido la primera vez. Los visitantes hubieron de avanzar a tientas por el angosto corredor, aunque don Alonso comenzara a dar voces desde que traspusieran la puerta del piso. Sin duda sus llamadas morían en alguna de las muchas piezas que habían de atravesar para llegar a aquella que solía ocupar la anciana.

Al fin, cuando ya habían dado buen número de tropezones, apareció la encorvada figura de la hechicera, esta vez con el cirio en la mano.

Todo estaba igual en la “sala de consultas” y en la cocina.

Sólo una novedad se advertía y era la de que en un rincón de la cocina había un jaulón con varios pollos.

Apenas hubieron entrado los clientes, fuese la anciana hacia los grandes calderos que cubrían los diversos hornillos, y don Alonso, curioso por una parte y deseando por otra saber

lo que iban a hacer a su hija, solicitó a la cu-randera permiso para acompañarla.

Accedió ésta y entró en la cocina el caba-llero. Vió que uno de los calderos contenía aceite, y los otros, extrañas bazofias cuya com-posición no podía su vista descifrar.

—¿Qué es esto? — preguntó.

—Hierbas — repuso lacónicamente la an-ciana.

—¿Para beber?

—Ciertamente.

Las manipulaciones de la anciana atrajeron entonces la atención del caballero. Habíase apoderado de uno de los pollos del jaulón, de-gollándolo y despedazándole con asombrosa rapidez.

—¿Qué vais a hacer con ese pollo?

—Cataplasmas.

—¿Habéis de freirle antes?

La anciana negó con un movimiento de ca-beza.

—¿Para qué quereis este aceite, entonces?

La anciana le dirigió una hosca mirada:

—Ya he hablado bastante. Preguntad des-pués a vuestra hija y ella os lo explicará.

Una dolorosa sospecha asaltó a don Alon-so. Fué a protestar de la actitud de la ancia-na, a pedirle explicaciones concretas, a obli-

garla le diera cuenta del empleo que iba a hacer de aquel aceite humeante, pero comprendió a tiempo que debía ser prudente sino quería perder aquella oportunidad de que sanara su hija.

Sin embargo, cuando vió que la curandera abría la portezuela de un diminuto horno y extraía de él dos barras de hierro candentes por una de sus extremidades, volviendo a introducir las después en el fuego, no pudo contenerse. Se acercó a la hechicera y le preguntó en tono autoritario, pero con voz lo suficiente baja para que no llegara a oídos de las tres mujeres que esperaban en la pieza contigua:

—¿Qué vais a hacer con esos hierros al rojo? Os exijo una explicación.

La anciana se revolvió convulsivamente.

—Caballero, no os dije yo que viniérais, sino que vinísteis vos por vuestro propio deseo. Si no quereis ser prudente, a tiempo estais de volveros a casa con vuestra hija.

Un instante estuvo vacilando don Alonso entre aceptar la invitación de la anciana o resignarse a permanecer allí viendo y callando; pero optó por esto último. Todo, con tal de no perder su última esperanza de ver curada a su hija.

Examinados los hierros repetidas veces,

preparadas las cataplasmas y azuzado el fuego de todos los hornillos, la curandera invitó a don Alonso a salir de la cocina, requiriendo en cambio la presencia de Teresa y de las dos damas que la acompañaban.

Una última vacilación retuvo instantáneamente a don Alfonso en la cocina, pero bastó que la anciana le dirigiera una mirada autoritaria y hostil para que nuevamente se doblara a su terrible imperio.

Pasó, pues, a la pieza inmediata. Vió que la hechicera cerraba las puertas de la cocina, y esto aumentó sus terrores, no tanto por hallarse solo en la siniestra oscuridad de aquella casa, como por la sospecha de las crueldades a que iban a someter a su hija.

Oyó mover los calderos al mismo tiempo que la anciana susurraba ininteligibles órdenes, y le pareció sentir en su carne el contacto del aceite hirviendo.

Siguió un instante de silencio absoluto, durante el cual contuvo el caballero la respiración, esperando deducir por el oído lo que sus ojos no podían ver.

Grande fué su extrañeza al advertir que el silencio se prolongaba, siendo al fin interrumpido por nuevos susurros y nuevas manipulaciones en los calderos.

¿Sería acaso que la hechicera comenzó por la cataplasma, dejando la cura del aceite para el final?

Percibió entonces un ruido inconfundible: el que producía al abrirse la puertecilla del minúsculo horno. Ahora sí que no había duda; ahora sí que sabía lo que iba a emplear la curandera. En efecto, pronto oyó el chocar de los hierros en las paredes del horno al ser extraídos.

Una profunda angustia, un horror jamás sentido, llenó su corazón, y trémulo y con las manos crispadas, esperó el grito que había de producir en su alma efectos desgarradores.

—Señor... señor... ¿No será acaso preferible la muerte?

Y esperó. Un segundo... dos... tres... El grito no sonaba. Pasaron nuevos segundos de angustiada espera. Y la extrañeza se impuso al fin a la angustia y al terror. Sonaron los hierros, nuevamente, pero esta vez al ser depositados en el suelo y no sobre las brasas del horno. De ello debía deducirse que habían sido ya utilizados. Pero ¿cómo, si no se había percibido el menor lamento ni el más leve fragor de lucha o resistencia?

En estas dudas y en estas zozobras pasó el caballero una hora interminable, infinita; una

hora en la que no se percibió en la embrujada mansión otro ruido que los manejos de la anciana en la cocina y sus órdenes susurrantes.

¿Qué sucedería? ¿Qué habría sucedido?

Hacíase don Alonso estas preguntas, cuando la puerta de la cocina se abrió y en el marco alumbrado por el resplandor de los hornillos, aparecieron las figuras de María y de Teresa, ésta casi transportada en vilo por su hermana mayor. Por los rostros de ambos fluían silenciosas lágrimas y el de Teresa, además, daba muestras de haber pasado por horribles sufrimientos.

Seguías la monja amiga y la anciana hechicera.

El estupor impidió momentáneamente a don Alonso hacer el menor movimiento. ¿Era posible que Teresa hubiera soportado las recias torturas del fuego sin proferir una sola queja? ¿Era su hija una mujer de la tierra o un ser de divinas facultades?

El dolor que anidaba en el pecho del hidalgo, cedió su puesto al respeto y a la admiración y, dirigiéndose hacia su hija, le tomó las manos y se las besó con fervor religioso.



## VIII

### EL CONFESOR CONFESADO



RES meses duraron estas curas terribles y todo aquel tiempo permaneció Teresa en Barco de Avila.

Ocurrió en aquellos meses algo que Teresa no había de olvidar fácilmente.

Había cobrado gran afición a confesarse, que por ser tan joven y mujer, creía que cualquier confesor medio letrado había de saber más que ella. Al prolongarse durante tantos días su permanencia en Barco de Avila, quiso buscar allí confesor y le indicaron un clérigo que decía misa diariamente en la iglesia del lugar y que gozaba fama de erudito en las cosas del Cielo.

No vaciló Teresa en ir a visitarle a la iglesia misma, y, llegada la hora de la confesión,

acercóse al confesonario, dando al clérigo cuenta detallada de sus dudas y de sus actos y pidiéndole consejo y penitencia.

Muy perplejo quedó el curilla al escuchar a Teresa. Jamás se había topado mujer tan santa y sabia a un mismo tiempo. ¿Cómo podría él dar consejo ni servir de guía a espíritu tan privilegiado? Así, se limitó a tranquilizarla asegurándole que en nada ofendía a Dios y que El estaría muy satisfecho de verla obrar con tanto temor y cordura.

Después rogó fuera a verle con frecuencia para hablar de las cosas divinas, pues estaba cierto de sacar provecho de tales charlas, ya que ella tanto amaba al Altísimo y tenía de El un juicio tan claro.

Aceptó Teresa sin vacilar. Tales especulaciones la traían a la sazón más absorta y apasionada que nunca, no teniendo más afán que pensar en El y de El tratar.

Fué, pues, en días sucesivos a visitar al cura, y elló le permitió advertir que en el sacerdote se iba operando un sensible cambio.

Parecía como avergonzado al estar ante ella y le hablaba con singular temor y cobardía. Antes daba respuestas, ahora hacía preguntas, demostrando hallar consuelo en las palabras de Teresa y sintiéndose aturdido del

limpísimo proceder y pensar de aquella criatura que, pese a tanta rectitud, se consideraba gran pecadora.

Y aconteció que un día al llegar Teresa al lado del clérigo, este le dijo con voz agitada; trémulas manos y demudado semblante, que ella había de confesarlo a él.

Quiso la hermana Teresa negarse a desempeñar el papel de confesora, considerando que lo que correspondía a ella era hacer confesión de sus muchos pecados; pero tan atribulado y afligido se mostraba el clérigo, que tuvo gran compasión de él y quiso darle el gran consuelo que él mismo se había de proporcionar haciendo confidencia de sus males.

Tal fué la confesión, que Teresa quedó aterrada y afligida de los grandes errores de aquel desdichado. Era que el clérigo amaba ciegamente a cierta mujer del lugar y luchaba en vano, en los momentos de lucidez, por remediar aquel mal grandísimo sin conseguir sino agravarle.

Pasado el aturdimiento y horror que la revelación le produjo, y viendo el profundo dolor con que el clérigo reconocía su falta, pidió detalles de aquel tristísimo amor y vino en conocimiento de lo que sigue.

La mujer aquélla, más que en amarle, pa-

recía empeñada en perderle. Muchas veces le había suplicado él le dejara en paz con su ministerio y con Dios, pero ella, irritada, le amenazaba y redoblaba su brujerías para retenerle y aumentar su perdición. Ejercía sobre él un poder extraño del que en vano trataba de librarse. Cuando estaba lejos de ella, su espíritu recobraba en parte la paz y lucidez perdidas, pero al verla, su alma se cegaba y se hundía en el cieno de aquella amarga pasión, perdiendo su mente el equilibrio y su cuerpo las fuerzas.

Otras veces, no necesitaba verla para que el fenómeno se realizara. Asaltábale de pronto una confusión venida de no sabía dónde y la luz de su espíritu daba paso a la sombra, pereciendo el bien arrollado por el mal.

Solía entonces dejar lo que estaba haciendo para ir en busca de aquella fatal mujer, con lo que ella sentía feroz regocijo y malsano placer.

Otros muchos detalles añadió el clérigo a los expresados y terminó por suplicar a Teresa le tuviera en cuenta en sus oraciones y no le abandonara, pues era lo cierto que desde que tratara con ella sentíase muy mejorado.

Ante la profunda y sincera amargura del sacerdote, sintió Teresa que el alma se le rom-

pía, y no vaciló en asegurarle que cumpliría sus demandas, haciendo por él todo cuanto le permitiera Dios.

Con esto terminó la charla de aquel día, quedando el cura tan aligerado y consolado como la monjita consternada y llena de confusión.

No se dió Teresa punto de reposo hasta averiguar dónde vivía el desdichado clérigo y cuál era su familia, y, sabido esto, fuese a la casa del infortunado a una hora en que él estuviera ausente.

Al conocer los propósitos de Teresa, mostró aquella familia gran contento, pues a todos les traía desolados el grave mal del querido sacerdote. Respondieron a cuantas preguntas les hiciera la monjita y terminaron por ilustrarla de lo que ellos consideraban la base y la causa de aquella perdición.

Ciertamente, la mala mujer tenía hechizado al cura, y para que este embrujamiento le tuviera de continuo apegado a ella, hallárase cerca o hallárase lejos, hacíale llevar colgado del cuello un idolillo de cobre del que no se separaba nunca.

Muchas veces tratara la familia de librarle de aquel maleficio, arrancándole el idolillo de la garganta, pero él se enfurecía y lo defendía como si de su propia vida se tratara, que

bastaba nombrarle aquello para que perdiera el juicio y una negra nube de maldad y desvarío cubriera sus ojos.

Con todos estos detalles, formó sus planes Teresa y redobló las visitas al infortunado, mostrándole tanta piedad como afecto y fortaleciéndole con sus palabras, que el cura creía inspiradas por Dios.

Fueron creciendo el afecto y la admiración del clérigo por la mujer, y cuando ésta consideró que había llegado el momento propicio, le hizo esta demanda, que era el único objetivo de sus preocupaciones y sus trabajos:

—Regaladme lo que pende de vuestra garganta.

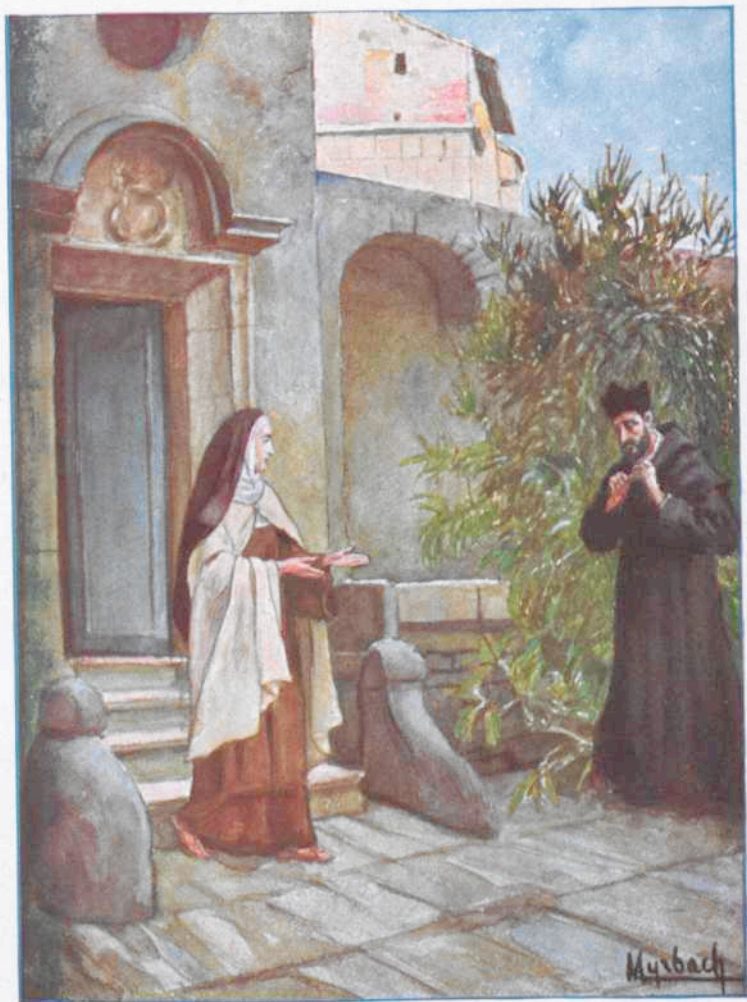
Como nada sobre este punto habían hablado jamás y no sospechaba el cura que Teresa supiera nada del ídolo, quedó tan turbado que no acertó a pronunciar palabra.

Tras una grave pausa, Teresa añadió:

—Lo sé todo, hermano. Dadme la figurilla de cobre.

Pero el clérigo llevóse las manos a la garganta con el ademán del que protege un tesoro, y todo él pareció cambiar, perdiendo en un segundo las virtudes recuperadas a costa de tantos esfuerzos.

Comprendió Teresa que el desdichado se ha-



... Dádme la figurilla de cobre





llaba en uno de aquellos momentos de ofuscación de que su familia le diera cuenta, y hubo de utilizar el argumento que tenía reservado para el postrero instante.

—Hermano: pecadora soy, pero ni noción tenía de que pudieran existir pecados tan graves como ese que a vos os atormenta. En vez de huir de vos como otra en mi caso hubiera hecho, más me acerqué a vuestra alma extraviada, sin reparar en los peligros a que me exponía el trato con vos. Si obré así, fué porque tenía esperanza de salvaros; pero ya que veo que vuestra salvación es imposible, os habré de abandonar.

Y fué a marcharse, dando así lugar a que el sacerdote, con tal de conservar aquella protección tan preciosa, se arancara del cuello el idolillo con crispada mano y se lo entregara.

Aquí tuvieron fin los males del pecador. Libre del horrible influjo de la figurilla de cobre, fué como si despertara de un largo y angustioso sueño, doliéndose de su perdición y aborreciendo sus antiguos pecados.

Jamás volvió a ver a la mujer fatal y con tanto ahinco emprendió el camino de la purificación, que pronto gozó de los bienes inefables que tan generosamente reparte el Cielo entre sus fieles adoradores.

El idolillo perdióse en el fondo de un río en cuyas aguas fué arrojado por orden de Teresa.

Al año justo de haber visto por primera vez a su salvadora, murió aquel curilla que había vuelto al camino del bien.

Y Teresa le tuvo otra vez presente en sus oraciones.

## IX

### “PUES RECIBIMOS LOS BIENES DE LA MANO DEL SEÑOR...”



ENTRETANTO, continuaba la anciana curandera torturándola con sus horribles curas, por cierto para no obtener beneficio ninguno, pues al cabo de dos meses se le agravó el corazón hasta el punto de que toda ella se trastornaba y profería lamentos — cosa que nunca hiciera — tan horribles eran los dolores que sentía. Parecíale que afilados dientes hacían presa en su corazón. No podía comer y como bebida sólo tomaba las pócimas que preparábale la curandera. Una alta y continua calentura la abrasaba, y no hallaba sosiego durante el día ni la noche, con la que llegó a hallarse tan débil y postrada, que don Alonso resolvió sus-

pende las visitas a aquella bruja que se nombraba curandera.

Estaba el caballero tan indignado del engaño y tan fuera de sí al ver la progresiva gravedad de Teresa que no quiso salir de Barco de Avila sin antes hacer a la anciana una visita.

Llegó a la casa que ya hemos descrito, pero esta vez entró en ella de modo muy diferente. Subió con rapidez las escalas y como al llegar al piso dió una voz, inútil como siempre, comenzó a golpear la puerta con pies y manos, armando tal alboroto que al punto apareció la vieja con un cirio en la mano y en actitud menos altiva que de costumbre.

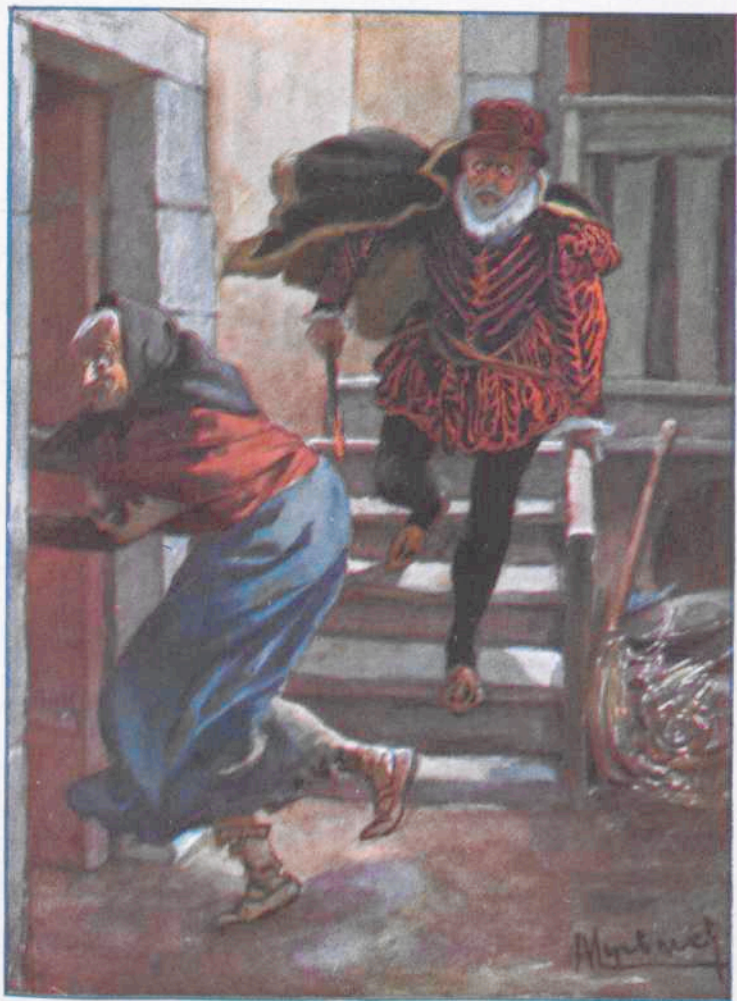
Al ver el caballero a quien tan dominado tuviera hasta entonces, le dirigió una de aquellas miradas hostiles con que acostumbraba a humillarle y exclamó:

—¿Qué venís a hacer en esta casa con tan groseros modos? Aun estáis cerca de la calle y os será fácil marcharos por donde habéis venido.

—Después lo haré, que antes quiero despedirme de vos.

—¿Os vais? Entonces habréis de pagarme las últimas visitas.

—Vamos a ajustar cuentas.



... lanzándose con él en persecución de la fugitiva.



Y don Alonso dió a la hechicera un empujón tan violento que casi la hizo caer de bruces.

Fué la vieja a protestar, más muerta que viva y tan sorprendida como acobardada del cambio experimentado por su cliente, pero éste no le dió tiempo a pronunciar una sola sílaba. Asíóla rudamente por un brazo y la arrastró a la cocina donde tantas veces había torturado a su pobre Teresa.

Una vez allí, dijo el caballero:

—Ahora señora mía, me voy a convertir yo en curandero y vos en enferma. Comenzaremos por los hierros candentes.

Y antes de que la vieja hubiera salido de la cocina en loca y acelerada fuga, don Alonso había empuñado ya uno de aquellos hierros que estaban preparados para martirizar a su hija, lanzándose con él en persecución de la fugitiva.

No tuvo valor el caballero para quemarla, aunque bien se lo merecía, pero le dió un susto mayúsculo. La corrió por toda la casa y le hizo dar más de una docena de tropezones, pues a la dificultad de la sombra reinante se sumaba la del mal estado de las piernas de la anciana.

Con tanta vuelta y revuelta halláronse de

nuevo en la cocina y entonces soltó el hidalgo los hierros para coger el caldero del aceite. Profirió un grito la curandera creyendo que iba a morir abrasada, pero don Alonso se contentó con derramar el aceite por el suelo, haciendo tres cuartos de lo mismo con el contenido de las ollas.

Después echó los pollos por la ventana de la cocina, abierta en aquel trance por primera vez y acto seguido franqueó todos los demás huecos de la casa, dando libre paso a la luz del día.

Entonces pudo ver con toda claridad hasta donde llegaba la fealdad del rostro de la vieja, grotesco, acartonado, amarillo como la cera y con una boca que era un oscuro hueco sin dientes.

—¿Os debo algo más? — preguntó don Alonso.

Pero la hechicera estaba tan asustada que ni una sola palabra pudo articular.

Consideró entonces el caballero que ya tenía bastante de momento y que lo demás se encargaría de hacerlo la justicia, y, dando media vuelta, salió para siempre de aquella maldita casa.

Al regreso a Avila, recurrió de nuevo don Alonso a los médicos; pero si poco pudieron



hacer éstos antes, menos hicieron ahora, ya que el estado de Teresa era mucho más grave.

Sucedíanse los ataques nerviosos, en los que, al decir de la misma enferma, todos los nervios se le encogían produciéndole insoponible dolor y anulando la movilidad de sus miembros.

Respecto a este mal, seguían los doctores sin saber a qué atenerse, pero no por eso se abstenían de desahuciarla, pues consideraban que a sus muchos males habíase sumado uno mortal del pecho.

Pero Teresa no sentía inquietud alguna por los terribles diagnósticos, y en todo momento dió muestras de una serenidad y resistencia para el dolor admirables. La oración la fortalecía y decíase constantemente con Job:

“Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?”

Llegó la fiesta de nuestra señora de Agosto y aquel día agravóse Teresa hasta el punto de que se temió por su vida. Por la noche le sobrevino el más terrible ataque. Como sería éste de intenso que durante los cuatro días que le duró los que rodeaban su lecho no esperaban sino verla expirar de un momento a otro.

Le dieron el Sacramento de la Unción y no cesaron de rezarle credos. Día y medio per-

maneció en el convento a que pertenecía abierta la tumba que había de recibir su cuerpo y todas las ceremonias y requisitos para darle sepultura estaban preparados.

Pero a los cuatro días de aquel estado de trágica inmovilidad y en que sólo los estertores agónicos daban señales de que aun conservaba la enferma un vestigio de vida, fué Teresa recobrando poco a poco los sentidos.

Lo primero que oyó fué el llanto desgarrador de su padre. Después, entre los sollozos, percibió un rumor de rezos y, abriendo los ojos, vió varios rostros conocidos que murmuraban oraciones. Eran estos rostros de personas de su familia, de hermanas de su orden y de frailes y sacerdotes conocidos.

Comprendió que la daban por muerta o la consideraban a punto de morir y esta circunstancia movióla a dar con doble fervor sus gracias al Altísimo, puesto que no sólo la dejaba seguir viviendo, sino que de la muerte devolvíala a la vida.

Quería vivir, sí, quería vivir para merecer más el cielo.

Notó de súbito un peso extraño en los ojos, algo que le impedía abrirlos completamente y, al mismo tiempo, un fuerte calor de llama lo-

calizado en su cara, en tanto el cuerpo conservaba su temperatura normal.

Quiso llevarse las manos al rostro, para saber a qué obedecía aquel peso y aquel calor, pero no pudo. Dijérase que la carne de sus brazos habíase convertido en madera. Trató de mover las piernas y tampoco lo logró. Por lo visto, únicamente sus párpados conservaban la facultad de moverse, aunque con cierto impedimento. Esta dificultad era ajena al estado de su cuerpo; lo comprendió así al advertir que podía abrirlos hasta que algo exterior los sujetaba enzarzando sus pestañas unas a otras.

Se le ocurrió comprobar a qué obedecía aquel calor que sentía cerca de las sienas, y entonces lo comprendió todo. A su lado izquierdo y rozando su frente, un cirio encendido derramaba cera continuamente. Era esta cera la que, al gotear sobre sus párpados, los pegaba uno a otro impidiéndoles que se abrieran del todo.

Pero ¿qué hacía allí aquel cirio? Volvió la vista hacia el lado opuesto y vió otro cirio igual. Miró a los pies del lecho y advirtió otros dos de éstos colocados en idéntica forma.

Entonces se dió cuenta de todo. Hasta tal punto la dieron por muerta que rodearon su

cuerpo de cirios como se acostumbra a hacer con los cadáveres.

De súbito oyó una voz que exclamaba:

—¡Tiene los ojos abiertos!

Y hubo en el recinto algarabía de voces y gran agitación. Se apresuraron a quitar los cirios de su lado, cesaron los rezos, desaparecieron algunos religiosos y se dejó oír la voz de su padre:

—¡Hija mía!

## X

### VISIONES DEL CIELO Y DEL INFIERNO



ESTROZADA físicamente quedó Teresa después de este ataque que le duró cuatro días. Tenía la lengua hecha pedazos de tan mordida, y dolida la garganta hasta el punto de que incluso bebía el agua con dificultad. Gran perturbación reinaba en su magín y muchos días estuvo sin poder mover más que un dedo de la mano derecha.

Por Pascua Florida, y en vista de que su restablecimiento se hacía interminable, pidió la llevaran al convento, tal como estaba, y una vez más hubo don Alonso de doblegarse a la voluntad de su extraordinaria hija.

Tres años tardó en recobrar la completa flexibilidad de sus miembros y durante este tiem-

po dió pruebas de tal resignación y de tanta entereza de ánimo, que la fama de su heroísmo traspuso los umbrales del convento y se extendió por toda la ciudad, con gran pesar de Teresa, a quien desagradaban mucho las alabanzas.

Pudo al fin valerse de sus pies, y cuando esto aconteció, a la mejoría del cuerpo sumábase también una gran mejoría de alma, pues no pasaba un solo día sin que la perfección de aquélla que había de ser santa, aumentase.

También crecía la devoción de don Alonso por Teresa y redoblaba sus visitas al convento en demanda de ayuda espiritual, pues el hidalgo habíase tornado casi un místico con el ejemplo de su hija.

Le aleccionó Teresa respecto al modo de orar para gozar de la oración y le indicaba libros que obrarían sobre su alma a modo de bálsamo.

Ya tenía el caballero con qué llenar el vacío que la amada monja había dejado en su vida. Ya no se lamentaba de su soledad. Ya no le afligía la ausencia de su esposa, pues le asistía una íntima convicción de que Dios la tendría a su lado, estando allí mucho mejor que en este mísero mundo.

Pero sólo pudo gozar durante unos años de

esta nueva paz, ya que una cruel enfermedad presentóse inopinadamente y se lo llevó en pocos días.

No se separó Teresa de su lado un instante desde que enfermara hasta que entregó su alma a Dios y ello le permitió advertir la mucha perfección que en poco tiempo había logrado su padre, pues ni un solo lamento brotó de sus labios durante la dolorosa enfermedad.

Recibida la Extrema Unción, aconsejó a sus hijos con serenidad e incluso con alegría de sentirse tan cerca de un mundo mejor, que no lo olvidaran en sus rezos, haciéndoles también recomendaciones respecto a otras cosas más humanas y materiales.

Pasaron los años, y aunque Teresa mejoraba de sus males conforme más edad iba teniendo, no gozaba aún de completa salud, pues veinte años estuvo teniendo vómitos por las mañanas, y los nervios se le desmandaban con frecuencia, ocasionándole, ya que no aquellos tremendos ataques que padeció en su juventud, desagradables arrebatos a los que sólo podía imponerse mediante un esfuerzo tan sobrehumano, que tras ellos quedaba postrada y abatida.

Lo que realmente progresaba con la edad en Teresa era la perfección del alma. A tanta

clarividencia, a tanta altura había llegado, de tal modo merecía la distinción del Altísimo, que durante sus oraciones se le aparecían con frecuencia Cristo, la Virgen, San José y otros Santos de elevada jerarquía celeste.

Al mismo tiempo, era la religiosa objeto de la terrible persecución del demonio. La sometía éste a toda clase de tentaciones y aguzaba su ingenio para atacarla de modo inesperado y por aquellos puntos en que la resistencia le parecía más difícil.

Estas tentaciones eran muchas veces secretas e íntimas, pero tan manifiestas y reales otras, que si alguien acompañaba a Teresa, solía huir con terror ante la aparición del demonio.

Primeramente se le apareció de forma imprecisa cierta vez que se hallaba en el oratorio. Acaso el terror que le produjo la inopinada presencia le impidió verlo bien, pero hasta muchos años más tarde tuvo presente una figura abominable y de cuyo cuerpo surgía una llama que lo envolvía. Recordaba especialmente su boca, una boca indefiniblemente horrible que le dijo:

—Te has escapado de mis manos, pero lograré que vuelvas a ellas.

Santiguóse la religiosa y el demonio huyó.



Aun se le apareció bajo este mismo aspecto y en aquel mismo sitio dos veces más, pero ella arrojó agua bendita y el enemigo no volvió a presentarse en el oratorio.

A poco quiso el Señor entendiera cómo era el demonio. Guardaba cama Teresa a causa de una de sus recaídas, cuando sintió como si descargaran sobre ella terribles golpes y la torturaran por dentro manos o garras misteriosas. Jamás había sentido dolores de aquella rara especie, y las hermanas que la rodeaban no la habían visto nunca en tan extraño estado.

Recurrieron a todos los medios por ellas conocidos para aliviarla del sufrimiento, mas en vano.

Al fin, comprendió Teresa de dónde venían los extraños dolores, al ocurrírsele mirar hacia los pies de la cama y ver un hombrecillo negro que se agitaba furiosamente.

Aquel hombrecillo era el demonio y los dolores que sentía, golpes que él descargaba sobre su cuerpo con fuerza extraordinaria.

Al ver éste, rió la torturada para demostrar al demonio el poco temor que le inspiraban sus castigos, y esta risa irritó más aun al enemigo, moviéndole a redoblar los golpes, en tanto Teresa redoblaba las risas.

Las hermanas, que no veían al intruso, pues esta vez sólo era visible para Teresa, no sabían a qué atribuir aquellas risas tan impropias de una persona que sufría.

No pidió Teresa agua bendita, por temor a que las hermanas sospecharan la infernal presencia y se asustaran, pero viendo que no había otro remedio, pues el negrilla no parecía dispuesto a marcharse, la pidió.

La hermana que fué por el agua bendita la echó sobre el cuerpo de la enferma, creyendo que con este objeto la pedía, pero Teresa la instó a que rociara los pies del lecho, y cuando la monja lo hizo así, el demonio desapareció y con él los dolores que sentía la paciente.

Otra vez que se le presentó el negrilla estando sola en su celda, lo ahuyentó con agua bendita, y como al momento entraran allí dos hermanas, aseguraron percibían un ingrato olor de piedra de azufre.

Otras veces le mostraba la hermana Teresa la cruz, que también esto les hacía huir a toda prisa.

Una tarde hallábase Teresa orando y, como era frecuente en ella, fué sumiéndose en la oración hasta no saber si se hallaba en la tierra o en el cielo.

De súbito, se dió cuenta de que el Señor

habíala trasladado al infierno, sin duda para que temiera más a aquel lugar y procurara ganar el cielo con más ahinco.

Aunque el cuerpo de Teresa continuaba orando en el convento, su espíritu se hallaba en las oscuras regiones infernales.

Muy breve fué su permanencia allí, pero jamás olvidaría aquellos instantes.

La entrada era a modo de un callejón larguísimo, oscuro y angosto. El suelo estaba cubierto de pestilente lodo y las sabandijas corrían por él.

Al fondo, había una pared y en ella una especie de alacena tan estrecha que un cuerpo humano sólo cabría allí aplastado y encogido. Pues bien, en aquel hueco introdujeron a Teresa.

Todo esto, sin embargo, no fué nada comparado con lo que sintió.

Desde que entrara en aquel lugar hasta que saliera, le pareció que la estaban quemando y desmenuzando por dentro y por fuera. No había allí lugar donde sentarse ni echarse, siendo continua la fatiga y mucho más intensa y dolorosa que la que se siente en este mundo.

La especie de alacena donde hallábase introducida, se estrechaba cada vez más, produciendo indecible martirio a su cuerpo, el cual

sentía la progresiva presión de las finas paredes.

Un singular fenómeno advirtió la cuitada. No había allí el menor vestigio de luz, y, sin embargo, veíanse las cosas, bien es verdad que envueltas en un nimbo sombrío.

Cuando quiso el Señor dar por terminada la prueba y Teresa volvió a hallarse orando en el convento, lanzó un profundo suspiro de gratitud por el provechoso ejemplo que acababa de obtener.

No eran sólo visiones de demonios y del infierno las que se le ofrecían, sino que también el Altísimo hacía merced de otras que tenían tanto de hermoso y de sublime como aquéllas de horrendo.

Hallándose una noche enferma, quiso excusarse de tener oración y tomó un rosario para rezar sin recoger el entendimiento. Pero cuando el Señor quiere, de poco sirven estos empeños.

De súbito vínole un arrobamiento espiritual tan impetuoso, que en modo alguno hubiéralo podido resistir.

Esta vez fué trasladada al cielo, y allí vió cosas tan hermosas, que después no halló palabras para expresarlas. Lo único que supo de-

cir es que había visto a su padre y a su madre.

Estas visiones del cielo eran más frecuentes que las infernales y durante ellas, casi siempre iba Teresa acompañada del Señor. De aquí que una de las veces que más cosas bellas e inefables viera, oyese una dulcísima voz que le decía muy claramente:

—Mira, hija, lo que pierden quienes van contra mí. No dejes de decíselo.

Pero entre esta clase de visiones y apariciones, la que más impresionó a la hermana Teresa, fué la que ahora vamos a relatar.

Sucedió después de la misa, en víspera del Espíritu Santo. Se fué Teresa al querido rincón en que acostumbraba a recogerse, y allí comenzó a leer en un *Cartujano* aquella fiesta.

En esta lectura hallábase sumida, cuando, de súbito, advirtió que sobre su cabeza volaba una paloma. No era una paloma como las que frecuentemente vemos, sino que tenía en vez de plumas conchas luminosas.

Dió varias vueltas con suavísimo batir de alas y se desvaneció.

No acabaríamos nunca este capítulo si hubiéramos de relatar una a una todas las mercedes que por aquel tiempo hizo el Señor a la hermana Teresa. Baste con saber que no pa-

saba día sin que tuviera merced nueva, y que cuando las visiones eran infernales, no se arredaba, porque sabía muy bien que nada puede el demonio estando cerca Dios.

## XI

### HACIA LA CUMBRE DE LA PERFECCION



ESTE fué el período en que mayores progresos hizo el alma de Teresa. Al ver con sus ojos la faz de Cristo, al presentársele de modo bien visible la Virgen María, al ser trasladada en espíritu al cielo por la mano del Señor, comprendió que debía corresponder de algún modo a tantas mercedes, y comenzó por guardar los mandamientos de su regla con toda la perfección de que fué capaz.

Dióse después a meditar qué nuevos servicios haría al Señor y, pensando, pensando, nació en su mente una idea que no sabía por qué ni de dónde le vino.

Era esta idea la de fundar un convento donde se practicaran los mandamientos de

la Orden con mayor escrupulosidad y rigor.

El convento de la Encarnación donde la madre Teresa estaba reclusa, pertenecía a las Carmelitas Calzadas, y muchas veces habíase dicho la iluminada religiosa que se gozaba allí de excesiva libertad.

No se prometía clausura y las siervas salían y entraban, hallándose de continuo en un peligroso contacto con el mundo.

Nadie como ella podía dar de esto razón, pues su fama la importunaba sobremanera, obligándola a acudir constantemente a llamadas de personas a las que no podía darse una negativa. Y así resultaba que la madre Teresa estaba más tiempo fuera del sagrado recinto de su Orden que dentro.

Bien sabía, también por experiencia propia, los peligros que se corrían en todo lugar que no fuera el monasterio. Afectos humanos robaban parte del amor a Dios y a fuerza de charlar con personas del mundo y de ver cosas de él, se adquirían costumbres perniciosas, sin que una misma se diera cuenta de ello. Mejor dicho, veía bien estas costumbres pero perdían la noción de su maldad a fuerza de verlas extendidas por el mundo.

Siendo el convento de la Encarnación grande y deleitoso, no comprendía la admirable



Teresa por qué habían de salir de él sus siervas. De otra parte, aunque hubiera sido aquel convento tan estrecho como una tumba, hubiera superado en amplitud al mundo, ya que este tenía sus límites y el reino de Dios, al que la oración puede trasladarnos, es infinito.

Todo esto había pensado repetidas veces la madre Teresa y por ello le sorprendió que aquella idea cayera de súbito en su mente. Pero la sorpresa fué convirtiéndose poco a poco en convicción íntima de que era el Señor quien le inspirara tal pensamiento.

Comenzó a cavilar la forma de dar cima a aquel propósito cuando un día preguntóle cierta persona si querría ser Carmelita Descalza, en un convento de esta Orden, donde se observara la regla con todo rigor.

Esto sirvió para que los propósitos de Teresa se concretasen, y así fué que dirigióse en busca de una dama viuda muy santa y amiga suya, y le propuso fundar un monasterio de Carmelitas Descalzas.

Recibió la viuda con júbilo la proposición de la monja amiga, y aceptó sin vacilar prometiendo comenzar en seguida los trabajos y concertando, ante todo, encomendarlo mucho a Dios.

Días después de esta conversación, y en ocasión en que se hallaba comulgando, recibió Teresa la visita del Señor, merced que con tanta frecuencia le hacía, y le dijo que procurase con todas sus fuerzas dar realización al proyecto, que El la ayudaría, y que llamase al monasterio de San José, prometiéndole que el santo guardaría una puerta y la otra nuestra Señora, andando Cristo entre las siervas.

Ya no cupo duda a la religiosa de que el proyecto era en servicio del Señor y desde entonces puso gran empeño en realizarlo.

Entre ella y la viuda amiga trataron con confesores, prelados y autoridades religiosas, siendo bien acogido por todos ellos el propósito, aunque inspirando ciertas rectificaciones especialmente sobre la cuestión de la renta.

Teresa no cabía en sí de gozo al ver el buen principio que tenían sus gestiones; pero días después su júbilo se convirtió en desengaño.

Al llegar la noticia a oídos del pueblo, fué acogida ésta con risas y burlas, criticando aquellos rigores de que hablaba Teresa, los cuales convertían en cárcel aquel convento.

Aturdida, avergonzada, sin saber a qué atenerse, la religiosa fué a contar a Dios sus cuitas, y sólo unos segundos llevaba orando cuando se le apareció el Señor para decirle:

—Ahí verás, hija mía, lo que pasaron los santos que han fundado las religiones.

Fué a contar lo sucedido a su amiga y ésta alegróse mucho de que el Señor se hallara con ellas, obteniendo en esta seguridad fuerzas bastantes para luchar con los grandes inconvenientes que se presentaban.

Estos crecían de día en día. Una de las personas que consultaron al principio fué el provincial fray Angel de Salazar, el cual alabó el propósito, asegurando aprobaría la fundación.

Pero al ver el alboroto que la noticia había producido en el pueblo, se volvió atrás, negándoles toda ayuda e instando a Teresa a dejar el proyecto.

Recurrieron a fray Pedro Ibáñez, siervo de la Orden de Santo Domingo y sin duda el mayor letrado del lugar y uno de los más notables de su Orden.

Expúsole Teresa detalladamente el proyecto, y el dominico dió muestras de agrado y admiración al escucharla, aunque dijera al fin:

—Hija mía, necesito ocho días de tiempo para contestar. ¿Estáis determinadas a hacer lo que diga?

—Sí, padre.

—Pues bien, vuelve a verme al fin de ese plazo.

A los ocho días volvió Teresa a visitar al sabio dominico y desde el primer momento comprendió por el cordial recibimiento que le dispensara, que, cuando menos, el proyecto seguía siendo de su agrado.

Por eso la sorprendieron mucho estas palabras:

—Hija mía, a mis oídos ha llegado el clamor del pueblo y ello me ha convencido de que no es prudente luchar con tan grande oposición. También debo decirte que, al tener conocimiento de tu visita, un caballero muy principal me recomendó te quitase la idea del proyecto y me guardase muy mucho de apoyaros, pues ello podía proporcionarme grandes contratiempos. Todo esto me mueve a decirte que abandones tus propósitos.

En el semblante de la hermana carmelita reflejóse bien claramente la profunda desolación que le producían tales palabras. De aquí que su alegría fuera mayor al advertir que el letrado añadía el siguiente vocablo a su discurso.

—Pero...

Y prestó atención con recogimiento casi religioso.

—Pero... Pensando y pensando en el proyecto para ver cómo podía rebatirlo, me di cuenta de que la obra que pretendes realizar está muy dentro del servicio de Dios y que jamás religioso alguno, mujer o varón, había tenido propósito tan alto, generoso y limpio. En suma que es mi opinión debe realizarse y que te aconsejo lo hagáis así con la mayor diligencia para no dar tiempo a que salgan nuevos inconvenientes. Poca es la hacienda de que disponéis pero algo hay que fiar en Dios, ya que El ama la pobreza.

No es para dicho el gozo que experimentó Teresa al escuchar las palabras del sabio letrado y al saberse apoyada por él.

Con esto, la viuda amiga buscó la casa que había de convertirse en convento y lo dejó todo a punto para hacer las escrituras, pues ella tenía algún caudal que pensaba dedicar íntegramente a la fundación.

Entonces fué cuando el provincial cambió de parecer ordenando a Teresa desistiera de sus propósitos y haciéndole dejar las cosas cuando tan adelantadas estaban.

Cinco, seis meses transcurrieron sin que la orden de continuar llegara. Y la madre Teresa esperaba llena de seguridad y anticipado contento.

Sucedió por entonces que el rector que había en la Compañía de Jesús se fué, siendo sustituido por otro de gran espíritu y entendimiento muy sabio y generoso: el padre Gaspar de Salazar.

Por aquellos días y cuando la madre Teresa se mostraba apenada de que el confesor no la creyese, el Señor le hizo de nuevo merced de su presencia y le dijo:

—Presto se acabarán tus pesares.

Y tan presto concluyeron, que no bien escuchó Teresa estas palabras, cuando se desvaneció su pena.

No sabía la religiosa por dónde iba a venirle la anunciada merced, y esperábala, si no impaciente, emocionada, cuando supo que su fama había llegado a oídos del padre Gaspar de Salazar y que dicho rector tenía deseos de conocerla personalmente.

No se hizo repetir Teresa la invitación, sino que al punto fué a visitarle, comprendiendo en seguida que era aquella la merced que el cielo le deparaba, pues el rector que conocía sus estacionados proyectos, los alabó mucho y prometió hacer todo cuanto estuviera en su mano para que llegaran a feliz término.

Sorprendió a la religiosa hallar al rector acompañado del dominico que la confesaba y

mucho mayor y más grata fué la sorpresa cuando de labios de este mismo oyó que estaba por su parte autorizada para reanudar sus interrumpidos trabajos.

Sólo pidieron a Teresa, tanto el dominico como el padre Salazar, que obrara con el mayor secreto, ya que de otro modo bien se había visto que era imposible llegara el negocio a buen término.

Sin dilación fué a visitar a una hermana suya para poner en práctica un ingenioso plan que había concebido. La tal hermana adquiriría la casa que había de ser convento para que pareciera de su propiedad y la labraría, con lo que menos se sospecharía aún el destino que iba a tener.

Hecho esto, sólo faltaba buscar el dinero para la adquisición de la finca, trabajo que con ser grandísimo parecía a la famosa monja inferior a los obstáculos que llevaba vencidos hasta entonces.

De aquí que al hallarse de nuevo en el convento, dirigiérase al oratorio y agradeciera fervorosamente al Señor la ayuda que le prestaba para servirle.

## XII

### EL TRIUNFO



ÓMO reflejar aquí con exactitud la heroica lucha que la futura santa entablara a la sazón?

No era lo más difícil reunir el dinero, sino hacerlo sin que sus propósitos se divulgasen. ¡Cuántas visitas hubo de hacer! ¡Por cuántos desaires y temores hubo de pasar!

Y todo ello, de modo que no despertara sospechas en el convento a que pertenecía.

Comparó Teresa estas penalidades a las que su enfermedad le procurara en el período de la juventud (a la sazón contaba ya cuarenta y seis años) y se decía que acaso estas fueran mayores, pues sólo podía sobrellevarlas gracias a la protección del Señor.





... cuando se le apareció San José y le dijo:



Con esto y la ayuda del padre Salazar fué saliendo adelante y, al fin, llegó el día feliz en que tuvo dinero bastante para comprar la casa.

Pudo entonces descansar unos días, pero pronto le demostró la realidad que era preciso reanudar la dura tarea. Había que hacer obras, que hacer compras. Cada cosa nueva era un nuevo gasto.

Como fracasara de momento en la nueva busca cayó en el desaliento. Entre lágrimas se decía que cómo habría de realizar las obras si no tenía para pagar a los obreros y que Dios no la perdonaría el haberle servido tan mal.

Sumida en estas aflicciones se hallaba, cuando se le apareció San José y le dijo:

—Contrata a esos obreros, que no te faltará para pagarles.

Obedeció Teresa y, en efecto, de donde menos lo esperaba, llegó un donativo que le permitió pagarles muy holgadamente.

Más adelante se dió cuenta Teresa de que aquella casa era muy chica para monasterio y pensó adquirir otra. Pero, ¿cómo reunir el dinero que para ello necesitaba, si tantas fatigas pasó para comprar la que tenía?

En estos pensamientos se hallaba cuando se le apareció el Señor y le dijo:

—Ya te he dicho que entres como pudieres.

Y añadió:

—¡Oh, codicia del género humano que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener dónde guarecerme?

Quedó avergonzada y aterrada la hermana Teresa, advirtiéndole al visitar de nuevo la casa y disponer la distribución, que había sitio para todo.

Algo vino entonces a alterar la vida de la religiosa.

Sucedió que a pesar del mucho sigilo con que procedía, su obra llegó a oídos de ciertas personas.

Fué una de estas doña Luisa de la Cerda, hermana del que a la sazón era duque de Medinaceli.

Residía en Toledo la prestigiosa dama y hallábase entonces muy afligida, pues había fallecido su amante y amado esposo, don Arias Pardo, señor de Malagón y sobrino del cardenal Tavera, arzobispo de Toledo.

La fama y proyectos de Teresa, como se ha dicho, llegó a oídos de esta gran señora, y,

considerando que la compañía de la religiosa la confortaría y la consolaría de sus tribulaciones, mostró gran empeño en que la monja fuera a pasar una temporada a su lado.

Extrañóle a Teresa que la dama pensara en ella y no en otra religiosa que residiera más cerca — pues de allí a Toledo mediaban alrededor de veinte leguas—, pero, antes que tomar determinación ninguna, consultó con el Señor, obteniendo así la explicación de aquellos hechos inexplicables.

Doña Luisa había pensado en ella, porque El se lo había inspirado. Convenía que ella se ausentase de Avila hasta que el asunto del convento en construcción estuviera terminado, pues en cuanto llegara el provincial ocurrirían cosas inesperadas que dificultarían grandemente la empresa de hallarse Teresa presente.

Acató la religiosa los divinos mandatos, trasladándose al punto a Toledo, y de este modo logró, no solo permanecer ausente de Avila como convenía, sino que también pingües limosnas para su convento, de la caritativa y distinguida dama.

Seis meses llevaba en Toledo cuando el provincial dió por terminada la licencia.

Teresa recibió aviso divino de que hacía falta en Avila.

La misma noche que llegó la religiosa a su tierra natal, recibióse de Roma el despacho para el monasterio.

Consiguió al mismo día siguiente la autorización del obispo don Alvaro de Mendoza, el cual no supo resistir a las influencias del santo fray Pedro de Alcántara, gran amigo de Teresa, y preguntándose estaba qué haría para guardar el secreto hasta el fin, cuando recibió noticia de que hallábase en grave estado un cuñado suyo.

Dióle esto ocasión para salir del convento y ocuparse libremente de las obras del suyo, y como su cuñado sanara pronto, dió prisas a los obreros de modo que antes de que hubiera de volver a la Encarnación ya estaba su obra terminada.

Por fin el día de San Bartolomé se colocó el Santísimo Sacramento y se dió hábito a algunas que solicitado lo tenían.

Fué aquel día un día glorioso para Teresa, acaso el más memorable de su vida.

La Orden del Carmen había comenzado su esplendorosa resurrección.

## XIII

### Y MURIÓ Y FUÉ SANTA



EL revuelo fué mayúsculo tanto en la ciudad como en el convento de la Encarnación cuando se tuvo noticia del proceder de Teresa.

A la misma tarde siguiente la mandó la superiora llamar y en cuanto la tuvo presente, le habló de la cárcel, de la Inquisición y de todo cuanto pudiera amedrentar a una persona.

Pero Teresa le expuso sus disculpas y de tal modo las razonó, que aplacáronse mucho las iras de la Superiora.

Extendió tan atinadamente la religiosa sus explicaciones a las compañeras, que todos, desde el provincial hasta la última novicia, hubieron de reconocer la inculpabilidad de Te-

resa, perdonándola y dispensándole una tierna despedida.

En cuanto al pueblo, era más difícil de convencer. Las murmuraciones y las protestas fueron creciendo con esa ceguedad que arrastra a las colectividades sin saber ellas mismas hacia dónde van, y se pidieron para Teresa los más severos castigos por desleal y entrometida.

Como reflejo de este estado de opinión, reuniéndose algunos regidores, el corregidor y el cabildo, y todos estuvieron de acuerdo en que no se debía consentir osadía semejante, ya que ello ocasionaba alteración en el pueblo.

Hicieron que se reunieran dos letrados de cada orden para que dieran su parecer. Unos callaron, y otros condenaron, resolviéndose al fin que había de deshacerse lo que ya estaba hecho. Pero uno de los que representaban a la Orden de Santo Domingo, supo convencerles de que debían resolver las cosas con más calma, pues no podía deshacerse así como así lo que había autorizado Roma y permitido el Obispo.

Esto les acobardó y enviaron el asunto a la Corte,

No se hablaba en Avila de otra cosa y el



nombre de la madre Teresa comenzó a correr de boca en boca por toda España.

Varios amigos de Teresa, todos prestigiosos e influyentes, tales como don Gonzalo de Aranda y don Francisco de Salcedo, fueron a la corte a entender en el asunto, y, como Teresa esperaba, pronto recibió la noticia de su triunfo.

Cambiaron las cosas radicalmente. Todos los que antes censuraban a Teresa, la alababan ahora y llovían las limosnas por conductos secretos, para que creara otros conventos como aquél.

Y es que aquella santa mujer estaba destinada a no tener minuto de reposo. Los siguientes años de su vida fueron un constante ir y venir de un lugar a otro y de un monasterio a otro monasterio.

Y entonces si que fué Teresa insuficiente para acallar las resonantes trompas de la fama. Al mismo tiempo que el resurgimiento de la Orden Carmelita, tenía en su haber varias obras literarias que causaron asombro en todo el continente. Una de ellas, la mejor, fué la que lleva por título "Las Moradas", obra en que la Santa da muestras de una sobrehumana clarividencia. Otra es el libro titulado "Su Vida", que escribió a requerimiento de

sus confesores y que resultó después una de las más brillantes joyas de nuestra literatura.

A principios del año mil quinientos ochenta y dos, cuando contaba sesenta y siete de edad, había llegado a Burgos para arreglar ciertas cosas en el monasterio que allí había fundado.

Estuvo allí hasta el mes de julio y en estos seis meses fué cuando comenzó a sentir el malestar que anunciaba el final de su vida.

Cuando el día veintiseis de dicho mes emprendió el regreso a Avila, parece ser que entendió la proximidad en que estaba del cielo, premio tan deseado y por el cual tanto había luchado en su vida.

A mitad del viaje, cuando sólo estaba en Medina del Campo, el vicario fray Antonio de Jesús le dió cuenta de que su gran protectora la duquesa de Alba, esperábala en Alba de Tormes.

Hacia allí dirigióse Teresa, que no podía desairar a quien tanto la había favorecido.

Llegó el día veinte de septiembre, pero en tan mal estado, que dijo a su amiga y protectora su feliz creencia de que pronto estaría con Dios.

En efecto, el día veintinueve de aquel mismo mes, se acostaba para no volver a levantarse.

Cinco días estuvo en el lecho. Durante esta breve y última enfermedad, repitiéronse todas las visiones que tuviera en sus años de lucha y muchas más.

Al fin, el día cuatro de octubre de aquel año de gracia de mil quinientos ochenta y dos, entregó su alma a Dios con sosiego y dulzura ejemplares.

Fué la beata Ana de San Bartolomé la que tuvo la honra de sostenerla con sus brazos mientras lanzaba el último suspiro.

Muy pronto se incoaron los procesos de beatificación y canonización, y el día doce de marzo del año mil seiscientos veintidos Gregorio XV, la incluyó en el catálogo de los Santos.

Se la nombró también patrona de España.

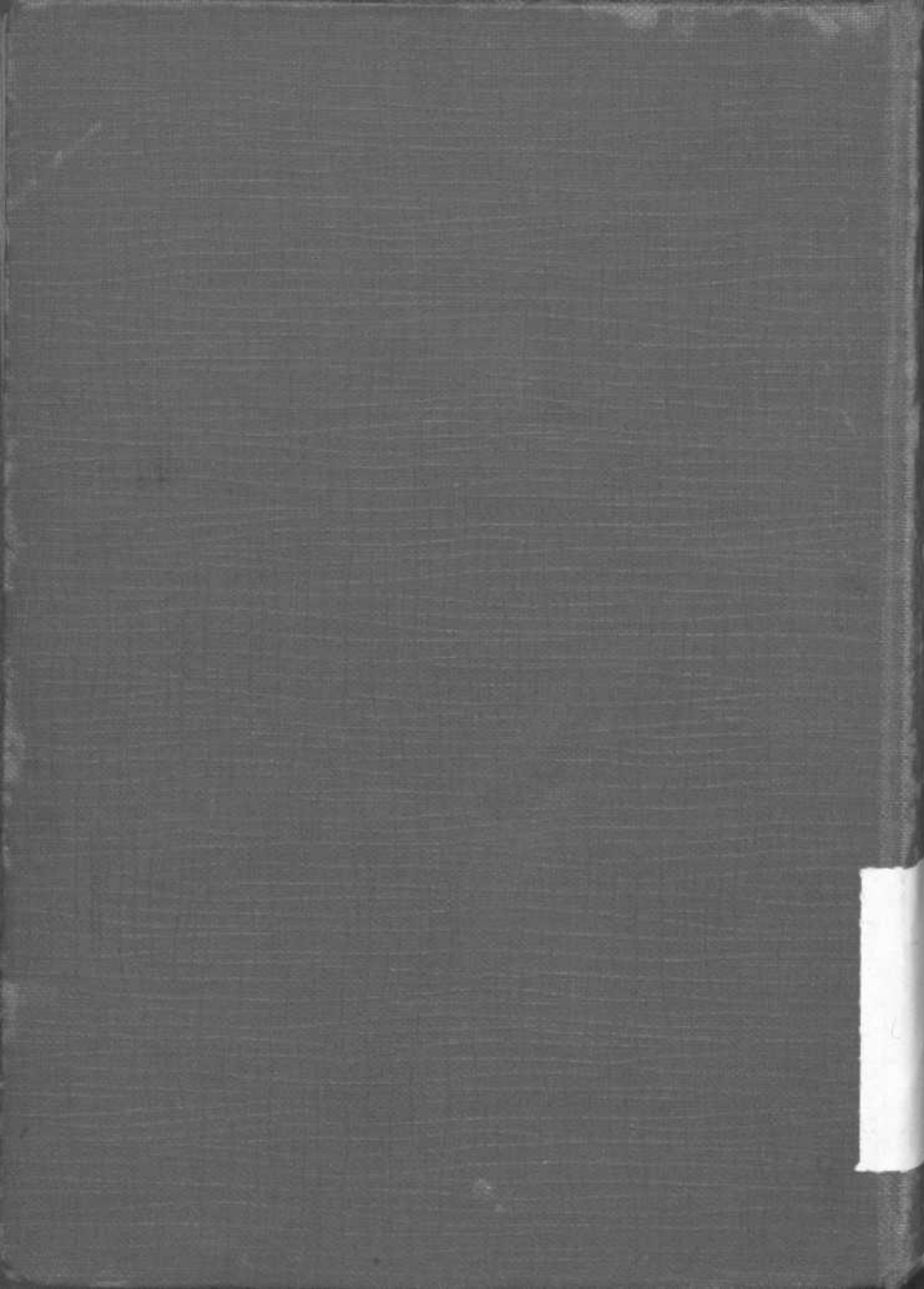
He aquí como aquella niña que un día saliera en busca del martirio y que desde sus primeros años anhelara ocupar en el Cielo un trono de santidad, consiguió su noble propósito.













**G 40416**

**CG 40416**

CG 40416  
CG 40416